

Periodistas Femeninas Visitan un Inmenso Aeródromo



De izquierda a derecha: Srta. Piedad Levi Castillo (del Ecuador), colaboradora del periódico "El Telégrafo"; Sra. Gloria Menéndez Mina de Padilla (de Guatemala), directora de la revista femenina "Azul" y corresponsal de "Nuestro Diario"; Srta. Lenka Franulic (de Santiago de Chile), colaboradora de la "Revista Ercilla"; Sra. Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez (del Ecuador), corresponsal de "El Día" del "Universo," y directora de un programa de radio; Sra. Raquel Delgado de Castro (del Perú), directora de "Vida y Salud," revista de cultura física, y de un programa femenino de radio; Srta. Laura de Arce (de el Uruguay), directora de un programa y corresponsal de la revista "El Mundo Uruguayo"; Srta. Herminia Garza, guía auxiliar del grupo durante la jira y Srta. Bernice M. Strawn, guía principal.

NUEVA YORK. — Un grupo de periodistas centro y sudamericanas visitó recientemente el aeródromo La Guardia, inmenso campo de aterrizaje de la Municipalidad de Nueva York, donde recorrieron los lujosos edificios de la terminal y de la administración y presenciaron el aterrizaje y despegue de las grandes naves aéreas.

El gran aeropuerto cuyo construcción costó \$42.000.000 y que fué en su tiempo la mayor obra de ese género que se había efectuado en el mundo, fué el último lugar que dentro del recorrido

señalado visitaron las periodistas sudamericanas.

Durante las seis semanas, plenas de actividades, que pasaron en los Estados Unidos las escritoras hispanoamericanas visitaron muchas de las más importantes ciudades de la mitad oriental del país, por invitación que les hiciera el Club Femenino Nacional de Prensa de Washington, en cooperación con la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos. Visitaron universidades, hospitales, instituciones de bienestar social y establecimientos militares y navales.

Fueron festejadas en numerosas reuniones y recibidas con cordialidad por el mundo periodístico, por comisiones interamericanas y por dirigentes de varias clases de actividades.

Las distinguidas visitantes fueron: Señora Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez y Srta. Piedad Levi Castillo del Ecuador; Señora Raquel Delgado de Castro, del Perú; Señoritas Elsa de Barrios y Gloria Menéndez Mina de Padilla, de Guatemala, y las Señoritas Lenka Franulic y Laura de Arce, de Chile y el Uruguay respectivamente.

LA OBRA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

La Compañía de Jesús

Lo que de ella dicen cuatro grandes pensadores: Menéndez y Pelayo, Balmes, Sardá y Salvany y Torras Bages.

Marcelino Menéndez y Pelayo

Este egregio polígrafo español a dejado en su obras inmortales numerosos juicios sobre la Compañía de Jesús y su importancia en la Historia. Estos escritos son tan extensos, que con ellos se ha podido publicar un tomo de más de seiscientas páginas, titulado: Los Jesuitas en Menéndez y Pelayo. Solamente hemos elegido dos, que copiamos a continuación:

En su "*Historia de los Heterodoxos Españoles*" (Tomo III, 2ª Ed., pág. 395), hablando de la Reforma Católica de España, se expresa así:

"Dulce es apartar los ojos del miserable luteranismo español, para fijarlos en aquella serie de venerables figuras de reformadores y fundadores: en San Pedro de Alcántara... Y finalmente en aquel hidalgo vascongado, hecido por Dios como Israel, y a quien Dios suscitó para que levantara un ejército, más poderoso que todos los ejércitos de Carlos V, contra la Reforma. San Ignacio es la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro. Ningún caudillo ningún sabio influyó tan portentosamente en el mundo. Si media Europa no es protestante débelo en gran manera a la Compañía de Jesús".

Y juzgando la expulsión de los Jesuitas decretada por Carlos III (*Ibid.*, t. VI, p. 174 y sigs.), manifiesta su indignación de este modo:

"El horror que produce en el ánimo aquel acto feroz de embravecido despotismo en nombre de la cultura y de "las luces", todavía se acrecienta al leer en la correspondencia de Roda y Azara las cínicas y volterianas burlas con que festejaron aquel salvajismo. "Por fin se ha terminado la operación, cesárea en todos

los colegios y casas de la Compañía (escribía Roda a don José Nicolás de Azara en 14 de abril de 1767). Allí os mandamos esa buena mercancía... Haremos a Roma un presente de medio millón de jesuitas"; y en 24 de marzo de 1768 se despide Azara: "Hasta el día del Juicio, en que no habrá más Jesuitas que los que vendrán del infierno". Aun es mucho más horrendo lo que Roda escribió al ministro francés Choiseul, palabras bastante para descubrir hasta el fondo la hipocrita negrura del alma de aquellos hombres, viles ministros de la impiedad francesa: "La operación nada ha dejado que desear; hemos muerto al hijo, ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre nuestra Santa Iglesia Romana".

En lo que no han insistido bastante los adversarios de la expulsión: y será en su día objeto de historia particular que yo escribiré si Dios me da vida, es que aquella iniquidad, que aun está clamando al cielo, fué al mismo tiempo que odiosa conculcación de todo derecho, un golpe mortífero para la cultura española, sobre todo en ciertos estudios, que desde entonces no han vuelto a levantarse; un atentado brutal y oscurantista contra el saber y contra las letras humanas, al cual se debe principalísimamente el que España (contando Portugal) sea hoy, fuera de Turquía y Grecia, aunque nos cueste lágrimas de sangre el confesarlo la nación más rezagada de Europa en toda ciencia y disciplina sería sobre todo en la filología clásica y en los estudios literarios e históricos que de ella dependen. Las excepciones gloriosas que pueden alegarse, no hacen sino confirmar esta tristísima verdad.

Nada queda sin castigo en este mundo ni en el otro; y sobre los pueblos que ciegamente matan la luz del saber y reniegan de sus tradiciones científicas, manda Dios tinieblas visibles y palpables de ignorancia. En un solo día arrojamos de España al Padre Andrés, creador de la historia literaria, el primero que intentó trazar un cuadro fiel y completo de los progresos del espíritu humano; a Hervás

y Pánduro, padre de la filología comparada y uno de los primeros cultivadores de la etnografía y de la antropología; al Padre Serrano, elegantísimo poeta latino; a Lampillas, el apologista de nuestra literatura contra las detracciones de Tiraboschi y Bettinelli; a Nuix, que justificó contra las declamaciones del abate Raynal la conquista española en América; a Masden, que tanta luz derramó sobre las primeras edades de nuestra historia siempre que su crítica no se trocó en escepticismo conforme al gusto de su tiempo, hombre ciertamente doctísimo, y a cuyo aparato de erudición no iguala ni se acerca ninguno de nuestros historiadores; a Eximéno, filósofo, matemático no vulgar e ingenioso autor de un nuevo sistema de estética musical; a Garcés, acérrimo purista, enamorado del antiguo vigor y elegancia de la lengua castellana, dique grande contra la incorrección y el galicismo; al Padre Arévalo, luz de nuestra historia eclesiástica y de las obras de nuestros santos Padres y poetas cristianos, que ilustró con prolegómenos tan inestimables como la *Isidoriana* y la *Prudentiana*; que Huet o Montfaucon o Saccaria no hubieran rechazado por suyos; al Padre Arteaga (a quien debe Azara la mayor parte de su postiza gloria), autor del mejor libro de estética que se publicó en su tiempo, historiador de las revoluciones de la ópera italiana, hombre de gusto fino y delicadísimo en toda materia de arte, sobre todo en la crítica teatral como lo muestran sus juicios acerca de Metastasio y Alfieri, que Schlegel admiro íntegros; al Padre Aymerich, que exornó con las flores de la más pura latinidad un asunto tan árido como el episcopologio barcelonés, y que luego en Italia se dió a conocer por "paradojas filológicas"; entonces tan atre-

vidas, como la defensa del latín eclesiástico y del deslinde de la "lingua rustica" y la "urbana"; al Padre Plá, uno de los más antiguos provenzalistas, émulo de Bastero y precursor de Raynouard; al Padre Gallisá, discípulo y digno biógrafo del gran romanista y arqueólogo Finestres; a Requeno, el restaurador de la pintura pompeyana e historiador de la pantomima entre los antiguos; a Colomé y Lalsala, cuyas tragedias admiraron a Italia y fueron puestas en rango no inferior a la *Mélope*, de Maffei; al Padre Isla, cuya popularidad de satírico, nunca marchita, y el recuerdo de *Fray Gerundio* bastan; a Montegnon, único novelista de entonces, imitador del *Emilio* de Rousseau en el *Eusebio*; al Padre Aponte, maravilloso helenista, restaurador del gusto clásico en Bolonia, autor de los *Elementos ghefirianos*, maestro de Messofanti e insuperable traductor de Homero, al decir de Moratín; al Padre Pou, por quien Herodoto, habló en lengua castellana; a los matemáticos Campserver y Ludeña; al Padre Alegre, insigne por su virgiliana traducción de Homero; al Padre Landívar, cuya *Rusticatio Mexicana* recuerda algo de la hermosura de estilo de las *Geórgicas*, y anuncia en el poeta dotes descriptivas de naturaleza americana, no inferiores a las de Andrés Bello; a Clavijero, el historiador de la primitiva México; a Molina, el naturalista chileno; al Padre Maceda, apologista de Osio; al Padre Terreros, autor del único diccionario "técnico" que España posee; al Padre Lacunza, peregrino y arrojado comentarista del *Apocalipsis*, acusado de renovar el "milenarismo"; al Padre Gustá, controversista incansable, siempre envuelto en polémica con jansenistas y filosofantes, impugnador de Menghi y Tamburini; al Padre Pons, que cantó en versos latinos la atracción newtoniana; al Padre Prats, ilustrador de la inscripción de Rosetta y de la rítmica de los antiguos; a Prat de Sabá, bibliógrafo de la Compañía y fecundísimo poeta latino, autor del *Pelayo* del Ramiro y del *Fernando*, ingeniosos remedos virgilianos; a Diosdado Caballero, que echó las bases para la historia de la Tipografía Española, sin que hasta la fecha ni él ni el agus-

NAUSEA

debida al movimiento
que afecta los órganos
del equilibrio, aliviado
con

Para viajes por mar y tierra.
Resultados garantizados
o se devuelve el importe.

EN EL MUNDO ENTERO



tiniano Méndez hayan tenido sucesores; al Padre Gil, vindicador y defensor de las teorías de Boscowich.. ¿Quién podrá enumerarlos a todos? ¿Quién hallará en la lengua palabras bastante enérgicas para execrar la barbarie de los que arrojaron de su casa este raudal de luz?

PBRO. JAIME BALMES

Este insigne filósofo probablemente el primero entre los pensadores católicos del siglo XIX en su obra magistral. El Protestantismo comparado con el Catolicismo dedica a la Compañía de Jesús una luminosa página, que debe ser la primera de esta serie. Dice así:

Tratándose de los institutos religiosos no es posible dejar de recordar esa Orden célebre, que a los pocos años de su existencia había tomado ya tanto incremento, que se presentaba con las formas de un coloso y desplegaba las fuerzas de un gigante; esa Orden que como se ha dicho con mucha verdad y exactitud, *no tuvo infancia ni vejez*: bien se entiende que hablo de los Jesuítas. Como quiera, es imposible mentar los institutos religiosos, ni dar una mirada a la historia religiosa, política y literaria de Europa de tres siglos a esta parte, sin tropezar a menudo con los Jesuítas; es imposible viajar por tierras las más remotas, surcar mares desconocidos, abordar a playas las más distantes, penetrar en los desiertos más espantosos, sin que ocurra el recuerdo de los Jesuítas; es imposible acercarse a ningún estante de nuestras bibliotecas, sin que se ofrezcan a los ojos los escritos de algún Jesuíta.

En hablando de los Jesuítas, salta desde luego a los ojos un hecho muy singular, cual es, que a pesar del poco tiempo que contaron de existencia en comparación con otros institutos, ninguno de éstos fué objeto de tanta animosidad. Desde su nacimiento se hallaron con numerosos enemigos; jamás se vieron libres de ellos, ni en su prosperidad y grandeza, ni en su caída ni después de ella; nunca ha cesado la persecución, o mejor diremos el

encarnizamiento. Algo habrá pues de muy singular y extraordinario en ese Instituto que de tal manera desconcierta a sus enemigos. A los Jesuítas no se les desprecia, se les teme; una que otra vez se quiere ensayar de echar sobre ellos el ridículo; pero desde luego se conoce que cuando se maneja contra ellos esa arma, el que la emplea no disfruta de calma bastante para esgrimirla felizmente. Vano es que se quiera aparentar el desprecio; al través del disimulo se traslucen la inquietud y el sobresalto; échase de ver que quien los ataca no cree estar en presencia de un adversario de poca monta...

O yo me engaño mucho, o esta es la mejor demostración que pueda darse del eminente mérito de los Jesuítas. A las clases e instituciones les ha de suceder lo propio que a los individuos; es decir, que un mérito muy extraordinario ha de acarrearles precisamente enemigos en crecido número; por la sencilla razón de que un mérito semejante es siempre envidiado y no pocas veces temido. Para formar concepto sobre el verdadero origen de ese odio implacable contra los Jesuítas, basta considerar quiénes son sus enemigos principales. Sabido es que los protestantes y los incrédulos figuran en primera línea; notándose en la segunda todos aquellos hombres que, con más o menos claridad, con más o menos decisión, se muestran poco adictos o no afectos a la autoridad de la Iglesia romana. Unos y otros andan guiados por un instinto muy certero en ese odio que profesan a los Jesuítas; porque en realidad, no encontraron jamás adversario más temible. Esta es una reflexión sobre la que deben meditar los católicos sinceros, que por una u otra causa abriguen preveniciones injustas. Recordemos que cuando se trata de formar concepto sobre el mérito y conducta de un hombre, es muy a menudo un seguro expediente para decidirse entre opiniones encontradas, al preguntar quiénes son sus enemigos.

Fijando la atención sobre el instituto de los Jesuítas, le época de su fundación y la rapidez y magnificencia de sus progresos, se

confirma más y más la importante verdad que he notado anteriormente a saber: la admirable fecundidad de la Iglesia Católica para acudir con algún pensamiento digno de ella, a todas las necesidades que se van presentando. El Protestantismo combatía los dogmas católicos con lujoso aparato de erudición y de saber; el brillo de las letras humanas, el conocimiento de las lenguas, el gusto por los modelos de la antigüedad todo se empleaba contra la religión con una constancia y ardor dignos de mejor causa. Hacíanse increíbles esfuerzos para destruir la autoridad pontificia; o, ya que esa destrucción no fuera posible en algunas partes, se procuraba a lo menos desacreditarla y enflaquecerla. El mal cundía con velocidad terrible, el mortífero tósigo circulaba ya por las venas de una considerable porción de los pueblos de Europa, el contagio amenazaba propagarse a los países que habían permanecido fieles a la verdad; y para colmo de infortunio, el cisma y la herejía atravesaban los mares, yendo a corromper la fe pura de los sencillos neófitos en las regiones del Nuevo Mundo. ¿Qué debía hacerse en semejante crisis? El remedio de tamaños males, ¿podía encontrarse en los expedientes ordinarios? ¿Era dable hacer frente a tan graves e inminentes peligros echando mano de armas comunes? ¿No era conveniente fabricarlas adrede para semejante lucha, de temple acomodado al nuevo género de combate, con la mira de que la causa de la verdad no pelease con desventaja en la nueva arena? Es indudable. La aparición de los Jesuitas fué la digna respuesta a estas cuestiones; su Instituto, la resolución del problema.

El espíritu de los siglos que iban a empezar, era esencialmente de adelanto científico y literario; el Instituto de los Jesuitas no desconoce esa verdad: la comprende perfectamente; es necesario marchar con rapidez, no quedarse rezagado en ningún ramo de conocimientos; y así lo ejecuta y los conduce todos de frente, y no permite que nadie le aventaje. Se estudian las lenguas orientales, hacen grandes trabajos sobre la Biblia: se revuelven las obras de los antiguos Padres, los monumentos de las tra-

diciones y decisiones eclesiásticas; los Jesuitas se hallan en un puesto, y obras sobresalientes sobre estas materias salen en abundancia de sus colegios. Se ha difundido por Europa el gusto de las controversias sobre el dogma, en muchas partes se conserva todavía la afición a las discusiones escolásticas; obras inmortales de controversia salen de los Jesuitas, al propio tiempo que a nadie cedén en la habilidad y sutileza de las escuelas. Las matemáticas la astronomía todas las ciencias naturales van tomando vuelo; fundanse en las capitales de Europa sociedades de sabios para cultivarlas y fomentarlas; los Jesuitas se distinguen en esta clase de estudios y brillan con alto renombre en las grandes academias. El espíritu de los siglos es de suyo disolvente, y el Instituto de los Jesuitas está pertrechado de preservativos contra la disolución, y a pesar de la velocidad de la carrera, marcha compacto, ordenado, como la masa de un grande ejército. Los errores, las eternas disputas el sinnúmero de opiniones nuevas, los mismos progresos de las ciencias, exaltan los ánimos, comunicando al espíritu humano una volubilidad funesta; un impetuoso torbellino lo lleva todo agitado y revuelto; el Instituto de los Jesuitas figura en medio de ese torbellino, pero no se resiente de esa inconstancia y volubilidad antes sigue su rumbo sin extraviarse, sin ladearse; y cuando en sus adversarios sólo se descubre la irregularidad de una conducta vacilante, ellos marchan con paso seguro, se enderezan a su objeto, semejante al planeta, que recorre bajo las leyes constantes el curso de su órbita. La autoridad pontificia era combatida con encarnizamiento por los protestantes y atacada indirectamente por otros con disimulo y cautela; los Jesuitas se le muestran fielmente adictos, la defienden dondequiera que se halle amenazada, y cual celosa atalayas están velando siempre por la conservación de la unidad católica. Su saber, su influencia, sus riquezas nunca disminuyen la profunda sumisión a la autoridad de los Papas, con que desde el principio se distinguieron.

CONTINUARA.

CONSIGANOS SUSCRITORES

Un Deber

Aunque para muchos no interesa tener en cuenta nuestras obligaciones para con Dios; sin embargo nada más absurdo y peligroso, pues en sus manos está nuestra vida y nuestra suerte presente y futura, aunque muchos atribuyen los sucesos a la "suerte", al "acaso", a "las brujas", al "destino" o a cualquier cosa inoperante e inocua, menos a Aquel que ha hecho y gobierna el mundo y a los hombres; y a la libertad del hombre, que tanto se empeñan en defender cuando se trata de sus caprichos.

¿En qué forma el hombre reconoce el supremo dominio de Dios? Los pueblos antiguos y de todos los tiempos han admitido que el modo mejor de tributar a Dios ese homenaje de reconocimiento, es el sacrificio, o sea la destrucción o consumación de un ser hecho con esa intención. Los egipcios, los asirios, los griegos, los romanos, las tribus germanas, los godos y ostrogodos, los mismos indios de América, y de un modo especial, los judíos, que fué el pueblo escogido del verdadero Dios: todos han admitido que el sacrificio es el modo mejor de tributar a Dios, el homenaje de nuestro reconocimiento y sumisión.

El pueblo cristiano tiene su sacrificio y sacrificio por excelencia. Si es tanto más apreciable el sacrificio y más aceptable a Dios, en cuanto es más noble excelente y de más precio la víctima que se ofrece, ¿cuál será el valor del sacrificio cristiano, cuando ofrecen la sangre de un Dios hecho hombre? Pues Jesucristo es Dios infinitamente perfecto; y El mismo se ofreció en sacrificio al Padre Eterno. El es Sacerdote eterno en la plenitud del sacerdocio; porque la plenitud del sacerdocio exige el sacrificio del mismo sacerdote; exige que sea sin mancha y agradable a Dios; y si ha de ser proporcionado a la majestad infinita de Dios, es necesario que sea de valor infinito. Y Jesu-

Cristo satisface plenamente estas exigencias, porque es Dios de infinita excelencia y hombre sin mancha: y así ha pagado plenamente nuestra deuda, y satisfecho completamente a la majestad y justicia de Dios.

Es, pues, lo más excelente que se puede pedir: este es, el sacrificio de los cristianos que se ofreció una vez en el ara de la cruz hace 1911 años; pero que se rememora según la voluntad del mismo Cristo, y se ofrece incruentamente todos los días en el altar, por medio de los sacerdotes católicos. Por eso la santa Iglesia quiere que los cristianos nos asociemos místicamente a nuestra cabeza y Pontífice, que es Cristo, y ofrezcamos con El nuestro sacrificio debido a Dios.

Este sacrificio significa el reconocimiento del supremo dominio de Dios; significa acción de gracias por los beneficios recibidos; petición de todos los auxilios que necesitamos; y, significa, finalmente, satisfacción de todos nuestros pecados. ¿Puede darse algo más noble, más justo y más razonable que reconocer la verdad de nuestra condición de criaturas, y la de ser Dios nuestro Creador y Señor?

Ya podéis entender, amado lector, cuánta razón tiene la Iglesia católica, al prescribir como algo necesario e imprescindible para santificar el domingo, o fiesta del Señor, el oír la santa Misa. Nadie que reconozca la necesidad de tributar a Dios este reconocimiento y alabanza, dejará de reconocer también, que con la santa Misa cumplimos principalmente este deber; cumplimiento por otra parte, que puede granjearnos la amistad y favor de Dios, en cuyas manos está nuestra vida y nuestro futuro.

Fr. MARIO E. TALLEI

O. de M.

("Revista Mercedaria")

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

La virtud es necesaria al talento

La ley moral comprende al hombre entero, su corazón y su entendimiento, sus acciones y sus pensamientos. Y nuestra divina Religión, atiende al orden, a la mejora y a la perfección de todas nuestras potencias y de los frutos de ellas. Por consiguiente, vela y custodia sobre el empleo que la criatura hace de sus facultades, poniendo un dique a su curso cuando se tuerce y llamándola al verdadero camino cuando han llegado a extraviarse. De donde se deduce que ha de reputarse como sublime dicha vivir en el seno del Cristianismo, faro seguro en medio de las alborotadas olas que nos azotan.

Pensar o creer que aprisiona las alas del entendimiento y le tiraniza es miserable engaño de los que no conocen ni aman su reinado, que es de virtud y perfección. Efectivamente, con su doctrina santa y su luz celestial se esclarece para el talento la noche de los misterios, y desde elevadas cumbres domina este mundo y el de la eternidad, es la claridad del sol que embarga el alma y se señorea de todas sus potencias. Sin la antorcha de la Religión cuanto nos rodea es un terrible y tenebroso misterio para quien cierra los ojos a la tranquilizadora enseñanza y a la luz vivificante de la divina Revelación: la degradación del hombre y su insaciable deseo de felicidad; el aparente desorden del universo, los padecimientos del justo, las persecuciones de la inocencia, los placeres y la opulencia de los malvados, la impunidad de los crímenes, el oscurecimen-

to de la virtud y el triunfo del vicio; la muerte prematura del niño robusto y de la niña hermosa, etc. etc.....

Toda esta cáfila de desorbitados han colocado su talento sobre un precipicio, le rodearon de escollos en el alto más tempestuoso y todos han caído al abismo como el Icaro de la fábula.

Los injustos detractores de Dios y su Providencia se ciegan y se obstinan en no querer reconocer el sobrenatural poderío que hace desaparecer la ignorancia y las tinieblas que envuelven a la criatura. Esos infelices quieren explicarlo todo con la luz natural de la razón, con esa razón miserable que hace cometer tantos desatinos, dándole un valor que no tiene, ni podrá tener jamás por mucho que progresen las ciencias. Pero como están de moda las más extrañas e incrédulas doctrinas, así en religión como en política, jovencuelos completamente ayunos en toda ciencia, se sienten fascinados por las bravatas de una ciencia absurda que sólo traga y bebe las necedades de la filosofía volteriana, que no ofrece más que sandeces e insulsos razonamientos.

La luz divina que todo lo ordena y lo aclara, que todo lo explica satisfactoriamente, no nos sumerge en las profundidades de la nada, ni nos avergüenza con doctrinas insensatas; al contrario, nos sublima dándonos un pequeño compendio de la estructura de Dios que gobierna el mundo en conformidad a su justicia, a su bondad y a su santidad.

El talento iluminado por este horizonte vuela y remontándose a superior esfera contempla debajo de la altura a que se ha subido, el orden y la armonía de la inefable máquina del orbe y descubre las relaciones del mundo presente con el mundo de los años eternos. Admira también su profunda sabiduría y ensalza su divina santidad, que es el amor infinito del bien, que mira el mal con un horror infinito y lo prohíbe, y lo condena, lo persigue y lo rechaza de su presencia. Y todas las calamidades que han azotado el mundo son otras tantas

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería,
donde encontrará usted: Relojes de las
mejores marcas, joyería finísima y ar-
tística.

Preciosos regalos para bodas.

manifestaciones de su odio al mal, a la soberbia y al pecado en general.

El talento es utilísimo a la virtud y esta debe cultivarlo y engrandecerlo. La virtud puede subsistir sin el talento; aún más, la falta de talento lo suple la virtud, pero el talento no suple la falta de virtud. La virtud es la habitual observancia de la ley divina, dechado de la más perfecta y admirable sabiduría, como dada por un Dios infinitamente sabio y soberano autor y origen del talento, o sea de la más recta y encumbrada razón humana.

Si Dios y sus atributos lo explican todo, Dios y sus atributos son la gran brújula del talento para navegar por el océano de la verdad. La virtud es la que nos acerca a la Divinidad; y de esta se va alejando quien va perdiendo grados de virtud. La experiencia que es madre de la ciencia, nos enseña esta verdad que es más clara que la luz meridiana.

La mente empieza a malearse por la corrupción del corazón; las pasiones son el mayor enemigo del talento. Ellas y particularmente el orgullo y la ridícula ambición de singularizarse y de adquirir cele-

bridad han engendrado los errores de los heresiarcas, han envilecido, relajado, prostituido y cubierto de tinieblas el entendimiento de tantos que se han perdido con mengua y deshonra del espíritu humano.

Nuestra mente es tan mezquina y débil y nuestro corazón tan deleznable e inquieto que si no se amoldan a la sabiduría divina, que nos eleva sobre nuestra ignorancia, a una esfera de sublime excelcitud y grandeza que la inundan de resplandores.

¡Cuán ridículos son todos los proyectos y todas las investigaciones del talento, y cuán insensatos todos sus razonamientos ante el Ser Supremo para quien no tienen sucesión los tiempos ni distancia los lugares!

Sólo el ejercicio de las más sublimes virtudes eleva y alimenta el talento. Es tan necesaria la virtud a nuestros corazones, que cuando se ha abandonado una vez la verdadera se hace uno en seguida otra a su modo, y aún se aficiona a ella más fuertemente, quizá porque es de nuestra elección.

Fr. JOAQUIN VALENCIA

Quillota.

La Huerfanita del Mar

"El Hogar Infantil" de Montevideo

El sol salpicaba de diamantes la blanca estela de espuma que a su paso dejaba la nave al surcar las verdinegras aguas del mar; sus chimeneas arrojaban inmensas columnas de humo que lentamente ascendían hasta confundirse con el infinito azul.

Encontrábame aquella tarde a bordo del vapor "Trent", perteneciente a una compañía inglesa de navegación, gigantesco buque que a todo vapor se dirigía a Cherbourg, desafiando arrogantemente las turbulentas aguas del océano, las que de vez en cuando se levantaban enfurecidas, cual si quisieran castigar la osadía de aquella colosal nave; pero ésta lograba siempre

trasmontar las montañas de agua que pretendían detener su marcha y a cada instante acrecentaba su velocidad.

Sobre cubierta, bien arrebuada en mi abrigo de pieles,— pues todavía no había desaparecido por completo el frío invierno,— contemplaba curiosamente a mis numerosos compañeros de viaje. Nada más pintoresco que aquella multitud de pasajeros pertenecientes a distintos puntos del orbe. Había allí hijos de la rubia Albión, del Celeste Imperio, de la ambiciosa Norteamérica y muchos otros tipos cuya nacionalidad no pude definir a simple vista. Toda esta abigarrada multitud hacía uso de sus

respectivos idiomas, para contarse entre sí sus aventuras o impresiones del viaje. Esto lo suponía yo, incapaz de entender otra cosa que no fuera la lengua de Castilla. Atentamente me puse a observar a mis compañeros más cercanos: allí, un grupo compuesto por el padre, la madre y las hijas. —lo supuse por lo unidos y semejantes en sus físicos, que denunciaban a grito entero ser inglesa. Cada uno procuraba distraer lo mejor posible la monotonía de aquel viaje: la madre leía una revista de modas, el padre se entretenía en escribir, probablemente sus recuerdos de viaje, y las dos niñas vestían y desvestían una muñeca rubia y lacia como ellas. Allá, en un extremo de la cubierta, una francesita coqueteaba con el Capitán del barco. Más allá, un numeroso grupo de ambos sexos jugaba poker y reía estruendosamente, debido, sin duda, a los licores que continuamente les servía un tieso y silencioso camarero. Repentinamente miro a la izquierda; un color rubio como el oro, ha llamado mi atención. Es la cabellera de una primorosa niña que, confiadamente, reposa en las rodillas de un anciano caballero. La niña conversa animadamente, escucho y... ¡oh sorpresa! Distingo claramente su lenguaje, que al pasar por sus labios de rosa, adquiere modulaciones y sonoridades que alegran el espíritu. Habla muy aprisa, hay palabras que no se le entienden. Su voz suena a tintineo de campanillas, a fino cristal. Continuamente se ríe y sus labios descubren unos dienteitos diminutos, casi invisibles. Es una criatura adorable, a quien la inocencia y la belleza prestan sus mayores encantos. En su media lengua le dice al anciano, mostrándole el cielo, que parecen corderos las nubes, que corren más que el buque, y luego, con la inconsciencia propia de su edad, se olvida del cielo, y de las nubes y se embelesa contemplando las olas que se encrespan y se levantan allá a lo lejos, para luego morir al costado del vapor. Y le entran deseos de in-

clinarse a recoger la espuma de diamantes y piedras de mil colores para ponerse en su rubia cabellera y en la de su mañita, en forma de corona, como la que tiene la Virgen. De pronto, se queda silenciosa, una ligera sombra oscurece levemente su carita y con voz triste le pide al caballero que la tiene alzada, que aliente a su madrecita para que, como ella, contemple el cielo y el mar. A cada instante aumenta mi interés por aquella preciosa criatura. Deseo saber quien es y resueltamente me dirijo al anciano, quien ha permanecido callado y como entristecido al oír aquel charlotear divino.

—Caballero, sírvase excusar mi atrevimiento. Viajo sola y no sé hablar inglés, lo que me impide partir con mis compañeros de viaje. He oído hablar a esta encantadora niña en mi idioma patrio, el cual supongo conoce usted también y he entrado en deseos de pedirles me admitan en su amable compañía. En seguida, sin esperar respuesta, le dije mi nombre y nacionalidad colombiana. Poniéndose rápidamente de pie, con la niña en brazos, me dijo llamarse *Henri Corner*, de nacionalidad inglesa y médico de bordo. Esto fué dicho en un castellano medianamente correcto. Después de las frases rituales que siguen a una presentación, entré de lleno a averiguarlo quién era esa niña con carita de ángel. Amablemente me explicó que era hija de una pasajera sudamericana, quien se hallaba gravemente enferma, próxima a morir. Al saber esto, mi interés creció y expresé mis deseos de conocerla. Inmediatamente, Mr. Corner me condujo a lo enfermería, en una de cuyas camas divisé a una mujer de aspecto distinguido, muy pálida, con unos ojos negros muy bellos que la cercanía de la muerte agrandaba por momentos. Comprendí al momento que la señora padecía una fuerte afección pulmonar. Al acercarme a su lecho, trató de incorporarse y antes de que yo le dirigiera la palabra, me dijo: "Quien

quiera que seais, buena señora, Dios os bendiga por la caridad de venir a acompañarme en mis últimos momentos. Habéis de saber que hace varias noches la muerte ronda al pie de mi cama, esperando el momento propicio en que ha de encar sus garras en mi pobre carne. Sólo la ha retenido mi ardiente súplica de que me conceda unos instantes más de vida, mientras Dios misericordioso me envía a quien confiarle mi hija. Sabed, señora, que muero por instantes y que esa criatura, mi hija, queda huérfana en alta mar, y en el mundo entero. Soy colombiana. Viéndome enferma de gravedad y reducida a la miseria, resolví emprender la marcha en busca del padre de mi hija para entregársela. Pero han sido vanas mis diligencias para encontrarlo. Siguiendo las indicaciones de alguien, pensaba dirigirme a París, a colocar la niña en un gran asilo, para el que llevaba varias recomendaciones, pero la muerte intercepta mi paso y esa criaturita se quedará sola en el mundo entero dentro de pocas horas. ¿Sois madre? Comprenderéis mi dolor. La queréis, os la regaló. Os aseguro que nadie la reclamará. Será vuestra para siempre". Y atrayendo a su hija la estrechó fuertemente contra su descarnado pecho, rompiendo en sollozos desgarradores. ¿Cómo pintar la emoción que experimenté? Sentí una inmensa piedad por aquellos dos seres. ¡Pobre madre que mo-

ría dejando a su hija abandonada y pobre niña que tan pronto iba a ser desgraciada! Pensé en mi madre muerta, en mis dos hijitas que allá, en la otra orilla esperaban ansiosas las caricias de su madre. Ví sus sonrisas de ángeles entre la presencia de la huerfanita, y por ellas y por el recuerdo de mi madre, prometí solemnemente a la moribunda recoger a su hija y velar por ella, al par que por las más. Tranquila con mi promesa, poco más tarde se durmió para siempre en mis brazos.

En la noche de aquella inolvidable tarde, las turbulentas aguas del océano cubrieron piadosamente los despojos de aquella infeliz madre.

Amable lector: Si te tomas la molestia de asomarte por la verja de una quinta que hay a orillas del mar en San Sebastián, en España, verás por las tardes tres hermosas niñas de catorce a quince años que se entretienen tejiendo coronas de laurel y rosas del jardín. ¿Sabes quiénes son? Mis dos hijas y la huerfanita del mar. Tres ángeles de amor y de bellezas que endulzan mis últimos días y a quienes si tú les dijeras que una de ellas no es hija mía, se reirían a mandíbula batiente en tus narices, te llamarían loco y te harían blanco de sus burlas...

Idalia Vassalis
Colombiana

Bettina de Holst Hijos

LE OFRECE: *Lentejuelas en todo color*

Lana para tejer "El Pato Baby"

Maniguetas de madera para bolsas y carteras

El odio al niño

Por Pablo Yuste

En todas las edades y entre todos los hombres se ha sentido un cariño especial hacia el niño.

Flor recién abierta — brote tierno del paterno tronco — alegra con sus sonrisas los hogares. La música de sus risas infantiles puebla de armonías la seriedad monótona de nuestra vida ajetreada y sus gracias son un bálsamo que cura las heridas que los demás hombres suelen causar al corazón humano.

Cuando se contempla la tersura de los pétalos de una flor solemos decir: "Son tan suaves como el cutis de un niño. Cuando verdean los campos al beso de la primavera se nos antoja que tiene semejanza su belleza con la sonrisa infantil. Cuando nos encontramos en el camino de la vida, con una persona de corazón sencillo, de franqueza amable, se nos ocurre decir:

¡Tiene una sencillez infantil! En resumen todo aquello que nos impresiona con una belleza suave y delicada, esplendorosa precisamente por la ausencia de complicaciones; lo relacionamos inmediatamente con la gracia y atractivo que vemos brillar en los niños.

Y aun el hombre más huraño y tosco no deja de sentirse, aunque sea momentáneamente transformándolo ante la mirada inocente de un pequeño.

Y por el contrario ¡qué impresión tan profunda experimentamos cuando vemos en el periódico que algún desalmado mató aun niño! ¡Qué lastima da ver por las calles a esos pequeños vagabundos, que todavía en la aurora de la su vida, ya van arrastrando el fardo de su miseria y que en lugar de encontrar cariño, como la mayoría de los niños, sólo han aprendido a saborear desprecios.

Pues bien. ¿Y qué sentiríamos si se nos dijera que no es ya un hombre, sino toda

una sociedad, una nación, profesa un desprecio, un odio singular al niño...

¿No es verdad que no lo creeríamos? Lo tomaríamos como una aberración, pues es algo profundamente inhumano.

Pensaríamos que si aun el odiar a un enemigo nuestro es no sólo anticristiano, sino antirracional, ¡cuánto más lo será el odiar a un pobre ser indefenso, desprovisto de todo medio para hacer valer sus derechos sobre nosotros!

Y sin embargo, ¡no os admiréis! se está dando el caso de que la sociedad moderna odie al niño. Sí, lo repito: que odie al niño.

Odiar es el extremo opuesto del amor. Y así como en este se da una comunicación mutua de bienes y una donación hasta el sacrificio; en el odio se da un deseo incontenible, ya sea tácito o explícito, de que otro ser no tenga que ver con nosotros, que no se cruce en nuestra vida. Y para no verlo afrontamos si es necesario aún el sacrificio con tal que perezca o a lo menos desaparezca de nuestra vista. A veces somos capaces hasta de poner en gravísimo riesgo nuestra propia vida a fin de que la persona odiada no nos estorbe.

Y decidme ¿qué otra cosa significa el llamado "control de la natalidad?" ¿Ya sea amparado oficialmente o simplemente permitido...

El niño es un ser que viene a la vida a ocupar un puesto que le ha sido señalado por el Creador. Los padres son los instrumentos naturales de que Dios se vale a fin de colocarlo en la tierra. A la acción generadora, el mismo Creador ha añadido el placer, a fin de que esta tarea importantísima de la procreación de la especie humana tuviera un aliciente también humano y así los trabajos y responsabilidades, anejos a la familia, ya en sus

principios se hicieran más llevaderos.

Pero el placer no es algo esencial a la procreación. Es sólo un medio, un estímulo querido por Dios a fin de lograr más fácilmente un altísimo fin.

Mas ahora se ha invertido este orden. El hombre ya no quiere sujetarse a este deber señalado por Dios. En lugar de multiplicar el ejército innumerable de los ciudadanos del cielo y de los servidores de la Patria, sólo busca exclusivamente el placer, lo pretende como fin y quiere por esto evitar a toda costa, que ese ser que se perfila tras ese goce pasajero, intervenga en su vida. Busca el medio de hacerlo desaparecer. Prefiere rendir tributo a su torpe egoísmo y cierra de golpe las puertas de la vida a los niños que pudieran entrar a ella y trabajar y vivir y triunfar en medio de los hombres.

Algunos alegan que se trata sólo de eugenesia. ¿Y qué significa esta palabra? Hay una eugenesia criminal que pone al arbitrio del hombre el impedir los nacimientos usando medios abiertamente inmorales. Otra hay que procura el nacimiento de niños sanos y robustos. Y mientras la conciencia moral del hombre protesta ante la primera, los que se declaran sus defensores aseguran que se trata de la segunda. Solamente tratan de procurar el nacimiento de niños sanos y robustos. Pero se nos ocurre. ¿Qué, acaso se logra esto no dejándolos ni siquiera nacer...?

Según la doctrina católica, ni aún en el caso de que se tuviera la seguridad de que va a nacer un niño tarado, se puede impedir que venga a la vida. Tiene derecho a ella ese ser y sólo Dios tiene potestad para quitársela ya que los padres quisieron unirse en matrimonio sospechando cuál sería el fruto de esa unión.

Ahora bien, si como dicen los propagadores de la eugenesia, hay que procurar generaciones sanas y robustas, ¿por qué no aplican el remedio a las raíces de la enfermedad? ¿Por qué no se procura sanear el ambiente? ¿Por qué los gobiernos no crean o ayudan a crear un ambiente moral robusto, que purifique las costumbres y que sea la base de una procreación sana y robusta?

¿No es una tremenda falta de lógica el desear la prosperidad moral de nuestra patria, base necesaria de una prosperidad material estable — y no oponerse a los enemigos de esa prosperidad?

Esta inconsecuencia no encierra, si bien se mira, sino un terrible odio al niño. Un feroz egoísmo capaz de sacrificarlo todo para sí.

Egoísmo de los padres de familia que "no quieren tener hijos" porque les estorban. Egoísmo de muchos que no son católicos y que si lo son, nada más llevan el nombre de tales.

Y con este egoísmo las naciones marchan a grandes pasos a su ruina. Así se puede augurar viendo las estadísticas de la desnatalización. El egoísmo brutal, el odio al niño que profesan en la actualidad, muchas naciones está agotando el jardín inmenso donde podrían brotar en el futuro, la bella sonrisa de los niños, la noble mirada del joven o las inmortales proezas del santo o del héroe.

Terminemos con una leyenda abrumadora que Paul Keller, escritor alemán, nos refiere.

Dice la leyenda que todas las veces que
(Pasa a la página 117).

ALMACEN ROMULO ARTAVIA

DEPOSITO DE ABARROTES
Y ARTICULOS DE PRIMERA
CLASE

Precios sin competencia

Teléfono 3058

Apartado 653

NOVELA

—No se preocupen, por Dios —contesta Atalanta—. La señora y yo les agradecemos mucho su hospitalidad... Váyanse ustedes a acostar. Nosotros nos instalaremos cómodamente aquí hasta que amanezca y pueda poner el coche en condiciones de seguir...

—¿Van a París los señores?

—Sí, pero debemos haber tomado por mal camino...

—¿No pasaron por el cruce? Pues debieron meterse en el bosque...

—Bueno, ya me lo explicarán mañana. Les ruego que no nos hagan más cumplidos y se vayan a acostar.

—Aquí les dejo leña para que echen al fuego. Acerca esas sillas, Gaudoux. ¿No querrán los señores una taza de café caliente?

—Lo que queremos es no causarles molestias.

—Tráeles tu aguardiente, hombre. Así entrarán en calor...

Monsieur y madame Gaudoux, después de mil reverencias, han acabado por irse a la cama.

—¡Por fin solos!— exclama Atalanta.

Pero Cris no está de humor festivo.

"Una chimenea es, por lo visto, el estribillo de mi vida", piensa. Y todo su pasado surge en su mente entre destellos rojos.

—Fifí: saquemos el mejor partido de nuestra situación. ¿No quiere usted una copa *d'eau-de-vie* para ponerse a tono?

Cris mira a Atalanta frente a frente. Hay una gran ansiedad en sus pupilas grises.

—No, no quiero nada.

—Tanto peor para usted. El alcohol es el mejor amigo del hombre. Le confiere a uno...

—Jorge, ¿quiere escuchar, pero con atención, algo que tengo que confiarle?

—¡Todo lo que brote de sus labios me interesa y me encanta!

—La primera vez que hablamos usted y yo me dijo usted algo que yo le anuncié no olvidaría nunca: ¡Me comparó... con una hermanita suya que ha muerto!

La expresión y la actitud de Jorge Vial cambian al instante.

—¿Qué tiene que ver mi hermana con esto? —dice molesto—. Le ruego...

—Yo soy la que le ruego a usted, por su nombre y por su memoria, que escuche con seriedad, con respeto, lo que tengo que decirle..., lo que siento mucho no haberle dicho antes...

Jorge contempla el pálido rostro, tan puro, tan fino entre el nimbo de los erizos desflecados. La boca, triste. La frente, alta y noble. Y la actitud señorial de la que él, en su fuero interno, había llamado con una ilusión difícil de definir "su damita gris".

—Yo no soy Fifí Monterreal—vuelve a repetir Cris. Y esta vez Jorge siente que lo que dice es verdad. Ha acercado su silla a la de la muchacha y, admirado, estucha la extraña novela que le cuentan esos labios que él calificó de "demasiados bonitos para pertenecer a una mujer que se enfrenta con la vida".

En el silencio de la humilde estancia Cristina Guzmán vuelve a nacer. Es bebé. Es chiquilla. Es muchacha. Y es mujer. Una figurita menuda, frágil, crece hasta convertirse en la de una joven de mirada firme y blanca sonrisa... Una cuna lujosa... Una silueta de mujer, difusa, lejana, que se inclina con ternura... Y después otra figura de mujer, sin cariño sin amor, sobre la misma cuna... Una infancia solitaria... Colegios... Conventos... Albas tocas... Tañir de campanas... Y, una vez al año, la visita del padre, gardenia y botines... Un luto... Unos amores... Una tragedia... Dolor... Soledad completa... Penas caídas... Lágrimas que a fuerza de no correr dotan de un fulgor magnético unas

pupilas femeninas... Y otra cuna, modesta, modesta, que cobija a un niño huérfano.

Jorge Atalanta está conociendo a Cristina Guzmán, profesora de idiomas, no por lo que ella le cuenta, sino por lo que él advina. No por la realidad escueta de los hechos que Cris evoca con voz baja y casi monótona a fuerza de querer controlar su emoción y de restar realce a su propia figura, sino por mil pequeños detalles reveladores que no escapan a su observación de experto en mujeres.

A Jorge, Balbina, la gallega fiel, y Bubi, con su pelito revuelto y su eterna interrogación en la mirada, resultan, al instante, familiares. Y, hondamente conmovido, se siente dispuesto a querer, a venerar, a admirar, hasta a Cristina-Sofía, la bella pintada por Madrazo.

Jorge Vial, "el capricho de las damas", se siente muy pequeño junto a Cristina Guzmán, profesora de idiomas. Su vida de señorito ocioso y rico le parece de pronto monstruosa de egoísmo, de inconsciencia, frente a esta vida de mujer...

—Cristina—dice después de largo silencio—, es usted para mí una lección viva... Una lección cruel... Todo lo que yo consideraba con satisfacción mi *savoir vivre* me lo acaba usted de echar abajo en media hora. Realmente yo soy un ignorante, que sólo conoce de la existencia el lado florido. Pero, sin embargo, no soy lo bastante necio para no juzgarla a usted en su verdadero valor. Cristina, yo sería feliz si desde este momento usted viese en mí solamente al hermano de Luz—de aquel otro ángel que se fué—y si me considerase también como un poco hermano suyo, como un amigo incondicional, a quien puede usted acudir en todo momento y en toda ocasión... Dígame, ¿puedo serle útil de algún modo?

—Sí. Llevándome a París lo antes posible—sonríe Cris.

—Es verdad, ¿Qué desastre lo de esta noche! Pero también ¿quién manda a ese niño tonto separarse de usted?

Jorge, en su flamante papel de paladín de Cristina, siente rabia contra Joe.

—; Menos mal que la encomendó a mí! ; Pero lo mismo pudo haberla confiado a cualquier animal!

—Uno no confía una mujer a nadie—contesta Cris con suavidad—. Sino que confía en ella...

Jorge, un tanto avergonzado, recuerda su impertinente actitud durante el camino.

—Lo que me preocupa de esta aventura—prosigue la muchacha—no somos nosotros, sino mi enfermo en París: ¿Qué habrá sido de él, si se ha puesto peor, sin su padre y sin su médico? Fletcher y Schwester Ida, en caso de alguna complicación, se habrán llevado las manos a la cabeza sin saber qué hacer.

—¿Cuándo regresa Prynce-Valmore?

—No sé... A lo mejor ha vuelto esta noche...

—Anoche... —corrige Jorge—, porque son las seis... Debe de estar amaneciendo... Veamos si ha dejado de llover...

Atalanta abre la ventana y se asoma al exterior. La tormenta está lejos. La atmósfera, pura. Una tenue claridad ilumina un paisaje plácido.

—Voy a salir a ver qué le pasa a nuestro vehículo... Váyase usted arreglando un poco. Porque si funciona, como espero, nos marcharemos en seguida...

Cris saca de su bolso una polvera y contempla su rostro. Se empolva. Se retoca los labios y con un peinecillo se peina un poco.

Madame Gaudoux, que, sin duda, ha oído salir a Jorge, entreaire la puerta:

—; Se van los señores?

—Si el coche marcha...

Jorge regresa satisfecho.

—Todo en orden... Cuando usted guste...

—En la mano de madame Gaudoux desliza un billete—. Muchas gracias por el refugio y por el fuego...

—*Oh, monsieur, pas de quoi!* Ahora saldrá Gaudoux para indicarles el camino. Puede acompañarles en el estribo hasta el cruce...

Una hora más tarde entra el *roadster* en París. Cris, según se van acercando a la Avenue Marceau, siente una angustia que le oprim

me el corazón. ¿Qué habrá pasado durante su ausencia?

— Quiere usted que me baje yo también? —pregunta Jorge, que adivina su alarma— Quizás haya vuelto “su suegro” y sería oportuno que le explicara lo sucedido.

—Se lo explicaré yo—dice Cris.

—¿La creerá? —Atalanta, con cariñosa solicitud, retiene en su mano la de su “damita gris”.

Cris le sonríe. Pero sus labios tiemblan.

—¿Tiene que creerme!—contesta.

XXVII

Cris entra por la puerta del jardín detrás del lechero cargado de botellas. Sus tacones se hunden en la arena mojada del camino. Con mano nerviosa llama al timbre de la gran puerta principal. Fletcher le abre, seria la mirada.

—¿Míster Joe?—pregunta Cris.

—Está muy malo, miss. Tuvo un ataque de madrugada.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—El señor llegó anoche.

—¿Menos mal! —respira Cris. Y entra en el hall.

Pero al pasar ante la puerta abierta del despacho, la voz penetrante de Gladys le hace detenerse.

—¿Ahí tienes a tu nuera, Gary!—ríe la americana—. ¿Y con un raro aspecto, ciertamente!

Cris, en vez de subir, como pensaba, entra en el despacho, dispuesta a afrontar de una vez la situación.

Prynce-Valmonte, en batín, el rostro de piedra y los ojos duros, se yergue ante ella.

—Míster Prynce—dice Cris con voz insegura—, deseo explicarle...

El millonario la acalla con un gesto.

—No me interesan sus asuntos particulares. Pero sí le diré que considero rescindido su contrato como enfermera de mi hijo...

Cris levanta la cabeza.

—Bien. Hoy mismo me marcharé.

—Daré orden para que le sean abonados

los días que se le deben y para que se le pague su viaje de regreso.

—Perfectamente.

La voz de la muchacha es serena. Su actitud, altiva.

—Muy buenos días...

Cris, en su cuarto, se mira en el espejo y aprieta los dientes. “Tiene un raro aspecto, ciertamente”. Es verdad. Descolorida. Demacrada. Con el bajo del traje y los zapatos enlodados...

Cris, ante el espejo, ensaya una sonrisa... y rompe a llorar... “¿La vida sonríe...!”. ¿Sí, sí, sonríe! ¿Cuándo le ha sonreído a ella?

Cris se deja caer en su *chaise-longue* y soñolosa como una chiquilla. Como una pobre criatura a quien han castigado injustamente. Un desconsuelo infinito la hace sentirse débil y abandonada. ¿Por qué? ¿No ha reaccionado ella siempre con insolencia ante las injusticias del destino? ¿Por qué se deja abatir ahora? ¿Qué le importa a ella el ceño desdeñoso de un hombre que no lo es nada?

¿Frente alta, Cristina Guzmán!

Cris se arranca los zapatos. Las medias. Se quita el traje y se ciñe en su bata albaricoque. Va al cuarto de baño y suelta los grifos: ¿Tendría aún derecho a los servicios de Georgette? Probablemente, no. Ha caído en desgracia. Ya no es mistress. Prynce-Valmonte *junior*, sino la *petite institutrice*.

Cris se baña. Se lava la cara con agua helada. Se empolva. Se pinta. ¿Que nadie sepa que ha llorado! Sus labios tararean una tonadilla de moda. Y cuando Georgette entra en el cuarto, la encuentra lista para marchar.

—¿Qué me importan a mí esta gente y “sus asuntos sparticulares!”—se ha dicho Cris tina Guzmán—. Lo mío me aguarda allá en Madrid.

—Madame—dice Georgette—, *Schwester* Ida me encarga le diga que monsieur Joe no deja de llamarla... Está muy grave... Tiene cuarenta grados...

Cris, que se prendía el gorro ante el espejo, deja caer los brazos:

—¿Está muy grave?—pregunta en voz baja.

—Sí; la noche ha sido terrible. Le han da-

do dos ataques. Creían que se moría. . . .
¿Qué le ha pasado a madame?

—Tuve un accidente de automóvil, Georgette. Nos perdimos en la tormenta.

La francesita lanza un “¡Oh!” suficientemente convencido. Y después:

—Vaya a ver a monsieur Joe, madame.

Cris titubea.

—El doctor Rouvier le ruega que se dé prisa.

Cris, en puntillas, entra en el cuarto, oscurecido, del enfermo. *Schwester* Ida se levanta y le deja su sitio junto a la cabecera.

Joe parece dormir, una bolsa de hielo en la cabeza. Su respiración es anhelante. Su rostro arde. Cris, silenciosa, le coge una mano. Y Joe entreabre los ojos. La reconoce.

—Te he llamado. . . , ¡te he llamado tanto!

—Ya estoy aquí. . .

—No me dejes. . . No te vayas. . . Fifi, estoy muy malo. . . , muy malito. . . Me voy a morir. . .

—No—dice Cris—; no te vas a morir. . . Te vas a poner bueno. . . Ya verás. . .

—Tú me curarás?

—Sí, yo. . . Anda, calla. . . Duerme. . .

—No puedo. . . Me duele la cabeza. . . y veo todas las cosas dobles. . . Esta ventana. . . , aquel sillón. . . ¡Todo doble! . . .

Doble. . . Doble. . .

—Calla, mi vida. . .

Prynce-Valmore ha entrado en el cuarto. Su mirada se fija en el grupo con dureza.

—Fifi—prosigue el enfermo—, ¿sabes para qué te llamaba? Para pedirte perdón. Tiene razón papá; soy injusto contigo. Soy insoponible. . . . En cuanto me siento mejor me fastidiaba el que me trates como si fuera un niño pequeño. . . ; Pero me haces tanta falta! Sin ti, sin tus cuidados y sin tu cariño, ¿qué sería de mí? Eres muy buena, Fifi. . . ; te quiero mucho. . . , mucho. . . Ya te lo demostraré cuando esté fuerte como Pierre. . . , regando violetas. . . , regando violetas. . . , con músculos de hierro. . . ; daré patadas. . . , muchas patadas, a la regadera. . . , a *Schwester* Ida. . . , a Rouvier. . . , a Fletcher. . . , a Gladys. . . , a todos, menos a ti, Fifi, que me tratas con tanto ca-

riño. . . Tenías razón ayer. . . , cuando no querías dejarme ir a la fiesta. . . Ya lo dice papá: siempre tienes razón. . .

Joe se ha sumido en un estado de amodorramiento.

—Te quiero mucho. . . , eres muy buena. . . —murmuran sus labios inconscientes.

Dos lágrimas rebeldes saltan de los ojos de Cris. Resbalan, lentas y brillantes, por sus mejillas.

Prynce-Valmonte, en silencio, abandona la habitación.

No puedo dejarlo. . . No puedo dejarlos. . . —se dice Cristina—Me necesitan.

—Todo el día ha permanecido la muchacha junto a la cama de Joe. Ha dominado su cansancio para prodigarle los mil cuidados necesarios, *Schwester* Ida se ha ido a acostar para relevarla de noche. A las siete de la tarde el estado del enfermo ha mejorado notablemente. Su temperatura ha bajado a treinta y ocho grados y su sueño parece tranquilo y reparador.

—¡Váyase a descansar, madame!—le ha ordenado Rouvier.

Cris baja al despacho del rey del acero. Su decisión está tomada. Su paso es firme.

—Pregunte a mister Prynce si me puede recibir—ruega a Fletcher.

El mayordomo regresa y le indica que pase. Prynce-Valmonte, recostado en una butaca, se ha puesto de pie. Su rostro serio interroga el de Cris.

—Mister Prynce—dice la muchacha—, no acepto su despido como enfermera de su hijo porque no lo he merecido.

Prynce-Valmonte estudia en silencio la cara dolida, bajo su barniz de dignidad, que se alza, hacia él.

—Causas ajenas a mi voluntad, que no son del caso, y que a usted no interesan, me impidieron anoche regresar con él de una fiesta a la que no logré impedir que fuera. . . . Nuestro contrato, mister Prynce, puede usted romperlo, si quiere. Pero yo no dejo a Joe, porque Joe me necesita. . .

La voz de Cris vibra en el silencio del gran despacho. Y Gary Prynce, con brusco ademán, coge a la muchacha por un brazo y

la obliga a sentarse a su lado.

—Cuénteme, Christine—dice con dulzura—, cuáles fueron esas causas que le impidieron volver anoche a casa.... Me interesan mucho más de lo que debieran...

Cris mira a Gary. Una extraña luz suaviza la mirada del millonario, y Cris se muerde los labios hasta hacerse daño. No quiere llorar. No quiere ser junto a él la niña cansada, nerviosa, rendida, a quien han castigado injustamente. Sinó Cristina Guzmán, la mujer fuerte que sabe lo que hace y sabe lo que quiere.

¡Un esfuerzo! ¡Un toque de clarín a tu voluntad! Y los nervios rotos, y el cerebro dolorido, y los pensamientos dispersos, y la voz, y la mirada, como viejos combatientes acostumbrados a obedecer a una voz de mando, seguirán a tu blanca sonrisa.

Cris, lentamente, escogiendo las palabras, relata sus aventuras de la noche anterior.

—Y entonces decidí contarle mi historia... —termina su narración.

Prynce-Valmore, como Jorge anoche, sabe leer entre líneas. Escuchar entre las frases sencillas, naturales, todo aquello que no se dice.

Cuando Cris ha dejado de hablar, el rey del acero le coge una mano y, reverentemente, se la lleva a los labios.

—¿Me perdona, Christine?

Cris asiente. Sonríe con los labios cerrados. Gary Prynce se pone de pie. El cumple siempre lo que promete. Pero quiere huir de la tentación. Dominar el impulso de coger entre sus brazos, aguerridos, protectores, a esa chiquilla pura y valiente que pugna por no rendirse.

Mi pequeña guerrera—quisiera decirle con tanta dulzura—, apoya tu cabeza aquí, en mi hombro, y no detengas ese llanto que veo hablar en tus pestañas... No te avergüences de sentirte falta de fuerzas...

Prynce-Valmonte, en este momento, toma un compromiso consigo mismo. Pase lo que pase, el porvenir de esta muchacha a quien el hijo llama en su delirio quedará asegurado. Al rey del acero sobran puestos bien retribuidos que poder ofrecer decorosamente a

una mujer culta que sabe cinco idiomas.

Prynce-Valmore tiende a Cris ambas manos.

—¿Amigos?—pregunta.

—¡Amigos!—contesta Cristina Guzmán.

—Bien; pues ahora váyase a descansar. Joe, a Dios gracias, está mucho mejor. Ya le sacaremos adelante entre nosotros dos, ¿verdad?

—Sí—dice Cris—, entre nosotros dos.

—Entre nosotros dos...—repite en su cuarto, dejándose caer de rodillas ante una imagen de la Macarena, de la Virgen de su tierra, que preside su alcoba entre ramos de flores.

Cris mira a la virgencita andaluza, por cuyas mejillas resbalan dos lágrimas de cristal.

—Le quiero... ¿sabes?—dice en voz baja.

XXVIII

Joe vuelve a mejorar poco a poco. Muy poco a poco. Rouvier no le deja levantarse y Cris, como en los primeros tiempos, se pasa el día con el enfermo, leyéndole a ratos, charlando otros o jugando con él a las damas o al dominó.

Los días parecen arrastrar sus horas. Las horas, sus minutos. *Schwester* Ida suspira con desesperación y Fletcher meneaba la cabeza. Joe ha vuelto a sus saltos de humor. A sus rebeldías. Rouvier receta calma, pero su rostro es serio.

Sólo Cris se siente feliz. Prynce-Valmore viene a ver a su hijo a cada rato. Y él es el único que tiene el don de aplacar la irritabilidad del enfermo. Joe recibe a su padre con alegría. Y Gary, para distraerle, alardea de una jovialidad y de una animación que no debe sentir en el fondo. Cris y él charlan, discuten, vuelven el mundo al revés. El enfermo escucha interesado y de vez en cuando brota espontánea su risa.

Gray Prynce ha viajado mucho. Ha leído mucho. Pero, en cambio, no está acostumbrado a exteriorizar sus impresiones. Y halla un raro placer en "dejarse ir" ante estos dos seres jóvenes que le escuchan absortos.—Es-

tamos divirtiendo a Joe—se dicen Cris y Gary al medir sus armas. Porque Cris es un buen adversario en torneo de ingenio. Su gracia madrileña nada tiene que envidiar al humorismo sajón. Joe ríe y, espoleados por esa risa, el millonario y la maestría desempolvan viejas anécdotas. Hablan de música. De arte. De literatura. Gary Prynca se asombra de la cultura de “su nuera”.

Todos los días se escapa Cris un ratito a “tomar el aire”. En realidad, a hablar con Madrid por teléfono. A escuchar la voz clara de su pequeño.

—Mamá, estoy muy gordo, tan gordo que no me vas a reconocer...

—Me alegro, mi sol...

—¿Y el caballo vivo, también está gordo?

—Mucho... Dime, mi vida, ¿te acuerdas de tu mamáita?

—Sí, Cris; quiero que vuelvas...

—Pronto volveré, Bubito...

—Balbina ya no sabe ni un cuento nuevo. Los tuyos son mucho más bonitos. ¿Le gustan a ese niño?

—Sí, mi vida, le gustan mucho.

—¿Y al papá?

Cris sonrío a la negra bocina.

—También...

—Van tres minutos...

—¡Que Dios te bendiga, mi amor!

XXIX

Cris se asoma al balcón de su cuarto. Hace una mañana rubia de sol. Uno de estos días que con su cielo sin nubes y su atmósfera tibia, invitan a vivir. Un trinar de pájaros sube entre los aromas del jardín. Y Cris, ante su balcón abierto, se siente el alma ligera. *Ligera. Pensar en el mañana, ¿para qué?* Cris goza del minuto presente. Hoy la vida es hermosa. Su pajarillo está bien, allá en el nido lejano. Joe mejora. Y los ojos de Gary han perdido su frialdad. Cris, en sus coloquios consigo misma, llamaba a su jefe, al principio, mister Prynca. Después pensó en él como Prynca-Valmore. Ahora es sencillamente “Gary”. El rey del acero ya no impone a Cristina Guzmán. ¡Quía! A veces, cuando a alguna de sus salidas contesta con una carcajada, le parece

tan joven como Joe. Y también hay un mucho de maternal en lo que ella siente por él. Por el gran Gary, que de una plumada crea industrias fabulosas y maneja millones de dólares y millares de hombres. Por el hombre a quien llaman a consulta—¡oh poder del oro!—los estadistas más famosos del Universo y por cuya buena voluntad suspiran los presidentes de Consejo.

¡Gary, Prynca-Valmore! ¡Nombre eufónico! Le va bien al apuesto magnate...

El timbre del teléfono interior saca a Cris de sus divagaciones.

—¿Christine?

Ella cierra los ojos. ¡Christine! Suena bonito dicho por esa voz...

—Hello... ¿No me oye?

—Buenos días, mister Prynca.

—*How do you do*, miss Guzmán? Hace un día espléndido y he pensado en ir a almorzar a Versailles. ¿Quiere usted venir conmigo?

—¿Y Joe?

—Bert fué ayer a verme al Lorgan y me dijo que vendría a distraerle esta mañana... Voy a llamarle ahora mismo y recomendarle que no deje de hacerlo... ¿Acepta usted acompañarme?

—Con mucho gusto. ¿A qué hora nos vamos?

—A las doce. ¿Le parece bien?

—Perfectamente.

Cris, ante la ventana abierta, mira el cielo radiante con ojos radiantes. Su corazón canta, con los pájaros, un himno a la vida.

Cris se pone un traje estampado. Un gorro negro. Unos guantes negros. Y coge su bolso de piel de foca.

—Me gustas mucho con todo eso—aprueba Joe—. No os deis prisa en volver. Voy a hacer que Bert almuerce conmigo, y ya sabes que me divierte más que nadie...

Cris baja al jardín a esperar a “su jefe”. *Un Hispano* de dos asientos, de interminable capot, la sorprende.

Prynca-Valmore alza en la puerta su alta figura.

—Hello, miss Guzmán; suba...

—Hasta luego, Fletcher.

Cris, como el día de su llegada, ve desfilar París ante sus ojos. Pero un París distinto. O que a ella parece distinto. Un París mañanero y bullicioso. Alegre y trabajador.

De su compañero, Cris sólo ve unas mangas de franela gris, unos puños de seda blanca y unos magníficos guantes de piel. Y a Cris le basta con eso. Lo importante es sentirlo ahí, a su lado, y percibir el ligerísimo aroma a loción cara que ya le es familiar.

El soberbio coche y sus elegantes ocupantes hacen volver de cuando en cuando alguna cabeza. Las peatonas mañaneras envidian a esa muchacha que tiene la suerte de ir en semejante *auto* junto a semejante dueño.

Cris les sonríe. La vida es hoy tan hermosa...

Ya están en las afueras cuando Prynce-Valmore se vuelve hacia ella.

—¿Por qué está usted tan callada, Christine? ¿En qué piensa?

—¡Oh, es un misterio!

—¿No me lo puede contar?

—No...

—¿Ni siquiera si se lo pido mucho?

—Ni siquiera.

—¿Y si yo lo adivinase?

—No puede.

—¿Cree usted?

El rostro moreno de ojos azules la contempla risueño.

—Christine, siento decirle que yo sé lo que piensa, en qué piensa y en quién piensa.

—Sí? Pues no es poca pretensión... A ver! ¿Dígame!

—Después...

El coche vuela por una carretera perfecta. Los dos callan.

—Y usted, mister Prynce, ¿en qué piensa?

—Oígame Christine, ¿me quiere hacer el favor de apearme el tratamiento?

—¿Cómo quiere que le llame? ¿Papá?

—¡Al diablo papá! "Gary", naturalmente.

—Me parece demasiada confianza.

—¿De quién en quién? ¿De modo que a esas alturas resulta que no le inspiro a usted confianza?

—Uno cosa es tener confianza en una per-

sona y otra permitirse confianzas con ella.

—¿Cómo quiere llamarme, entonces?

—¿Qué le parece *big boss*?

Prynce-Valmore ríe.

—Llámeme, mejor, "Su majestad el rey del acero".

Cris observa que de un tiempo a esta parte el millonario ríe con frecuencia.

—¿A cuántos kilómetros está Versalles de París?

—Desgraciadamente, a muy pocos.

—¿Desgraciadamente?

—Sí; me encanta conducir teniéndola a usted al lado.

—Muy amable.

Gary Prynce le lanza una rápida mirada.

—A veces siento ganas de pegarle.

—Menos amable.

—Christine, me siento feliz junto a usted. Me siento otra vez joven... Y lamento no tener quince años menos...

—¿Para qué? Está usted bien como está. Ya ve lo enamorada que tiene a Gladys.

—El "amor" de Gladys no me interesa. ¿Si fuese el de otra que yo sé!

—No sea usted ambicioso.

—Lo soy por ley de herencia.

Prynce-Valmore frena su coche, tan bruscamente que chirrían las llantas. Y se vuelve a su compañera. El rostro muy serio.

—Christine, *I love you*.

Cris, muy pálida, ha recostado su cabeza en el asiento y ha entrecerrado los ojos.

—Es terrible, Christine, pero es verdad...

Cris no contesta.

—Es terrible, por el conflicto en que estamos metidos. Joe la cree suya y la quiere a su modo... Y yo no puedo quitársela a Joe... Yo no puedo saltar por encima de la razón y de la vida de mi hijo para decirle: Christine, ¿quiere ser mi mujer?

Cris ha levantado hacia el rey del acero su rostro todo luz. Su mano se apoya en el brazo masculino.

—Con eso me basta... No diga más...

Prynce-Valmore se mira, dudoso, en las pupilas grises.

—Con eso me basta...—repite Cris, bajito.

Gary Prynce hace un brusco movimiento, pero la mano en su brazo le retiene.

—No hablemos, *please*... No estropeemos este instante... Yo no he sido muy feliz en mi vida, y ahora lo soy, ¡lo soy tanto!, que quiero *sentirme serlo*...

Gary Prynce contempla deslumbrado el rostro fino, donde tiembla una emoción contenida.

Ambos callan.

Cris se incorpora. Sonríe, ahuyentando el hechizo demasiado dulce que la embriaga toda.

—Y nada más—dice con tono resuelto.

—¿Nada más?—pregunta él, cogiéndole una mano.

Cris menea la cabeza.

—¿Es poco?—pregunta.

¡Podría ser tanto!

—Con esto me basta—vuelve a decir Cris.

—A mí no...

—Pues tiene que conformarse. Contra Joe no podemos luchar...

—¿Es mi sino, entonces, sacrificarme siempre?—protesta él.

—Un padre no se cansa nunca de dar.

—¿Usted qué sabe?

Cris sonríe.

—¡Más de lo que cree! ¡Frente, alta, Gary! Tiene que ser enérgico por los dos...

—*My darling!*—conmovido, mira el rey del acero a esa muchacha que con tanta naturalidad renuncia a una fabulosa *chance*—. Pensar que usted podría quererme y que, sin embargo...

Cris le interrumpe. Hay un dejo de ternura en su voz juvenil.

—No piense en mañana. Piense sólo en hoy. Este día nos pertenece y vamos a hacer una excursión fuera de nuestra propia vida... Mañana volverá a ser usted para mí mister Prynce-Valmore y yo para usted la señorita Guzmán. Pero ahora, ¡olvidémonos de todo! Y, por unas horas juguemos a ser felices... maravillosamente felices...

Gary Prynce lleva la mano de Cris a sus labios:

—Hágase su voluntad.

El coche vuelve a arrancar. Gary y Cris, muy juntos, vuelan hacia la dicha. Hacia una dicha un poco dolorosa, a fuerza de estar concentrada en unas horas. El hombre pisa el acelerador. 120... 130... 140... Los árboles de la carretera apresuran su desfile.

Cris ha recostado la cabeza y piensa que sería dulce morir así... Pero un recuerdo la hace erguirse.

—No corra tanto, *please*...

Versalles. El coche se ha detenido a la entrada de los jardines.

—¿Se baja, pequeña?

Gary le tiende ambas manos.

¡Pequeña! Sí, muy pequeña resulta Cris junto a la alta estatura de aquel a quien Gladys llama "un millonario de película". Muy pequeña, pero muy feliz. Mañana es mañana. Hoy es hoy. Y hoy Cris es la amada radiante de Gary Prynce-Valmore.

Cogidos del brazo, paso en paso, recorren Gary y Cris aquellos lugares históricos, donde otros amores dejaron su rastro.

Las acacias y los jazmines están en plena floración. Las hojas nuevas de los árboles ríen al sol en una gama de verdor. Los céspedes, que antaño hollaron los tacones rojos de las bellas de la Corte, extienden su felpa esmeraldina.

El Pequeño Triánón los acoge con el frescor de sus mármoles y la gracia apagada de sus pinturas murales. Cris y Gary escuchan la voz de su guía. Pero entre sus palabras, entre el retumbar de nombres famosos y el repicar de anécdotas, una musiquilla tenue parece cantar: amor... amor....

De las viejas paredes y de los viejos sillones, de los amorcillos y de las flechas, un mustio perfume se desprende. Una sombra patética puebla todo Versalles. La sombra de una reina que quiso jugar a ser mujer y que la fatalidad—caricaturista trágica—convirtió en la viuda Capet.

Los recuerdos trenzan su guirnalda, que es a ratos diadema de rosas y a ratos corona de espinas.

(Continuará)

! odio al niño...

(Viene de la Pág. 107)

amanece el día 28 de diciembre, día de los inocentes, éstos, los niños alevosamente asesinados, dándose la mano emprenden su camino hacia Jerusalén y se detienen ante la tumba, ya hace tiempo olvidada, de Herodes y entonan en voz baja, en voz lastimera, una canción...

¡Ah! ¿qué es esto? ¡Qué voz más espantosa! dice despertándose en su tumba el tirano 'cruel'. Temblando aprieta su rostro, su calavera, contra la tierra... el doloroso canto atraviesa como flecha la misma tumba...

¡No, esto ya es inaguantable!... El muerto, de un salto, se pone de pie y se echa a correr. Y la blanca turba de los niños le persigue.

Por doquiera que corra Herodes el asesino, las almas inocentes corren en pos de él. Se refugia en el barco de unos cor-

sarios, pero éstos lo echan y los niños están otra vez sobre su pista. Se mete en el corazón de un oscuro bosque, entre ladrones, pero éstos lo echan... y los niños otra vez están detrás de él... Va al patíbulo, se mete entre los ahorcados; pero éstos tejen de la soga un látigo y a latigazo limpio le hacen huir... y los niños todavía le siguen...

Entonces... entonces en una pequeña ciudad, delante de una pequeña casa se detiene repentinamente Herodes y con sorna apostrofa al grupo de niños que le persigue:

"Mirad, mirad allá dentro, a aquella mujer; sobre su cama pende un crucifijo pero les tan mala como lo fui yo!..." Los inocentes, asustados, se encogen en un rincón; ábrese la puerta de la casa y sale volando de ella un alma inocente; el alma de un niño asesinado en aquel momento, de un niño que su madre pecadora no quiso que naciera...!

Apuntes Literarios

Fray Luis de León, cantor de la belleza del campo

La hermosura de la naturaleza ha servido en todo tiempo al inteligente observador de fuente perenne de inspiración. Y toda poesía que refleje los múltiples sentimientos de un alma que palpita con emoción y se conmueve ante la belleza de los campos, de los mares y de los cielos y se estremece ante el poderío que el Señor muestra en la creación, ha de ser necesariamente bella, robusta y amena. Porque, aunque no sea opinión desacertada del todo decir que "la poesía para ser amable ha de ir acompañada de ficción", creo que no hay poesía completa donde no hay verdad. La poesía más perfecta es aquella que sabe describir acertadamente las misteriosas armonías y analogías morales que ligan al hombre con Dios.

Los divinos artistas del pensamiento, al pujar en su imaginación este sublime cua-

dro de la naturaleza, han tratado de revelar por medio de la palabra la viveza y ternura de afectos que en ellos ha inspirado. Tres ingenios han llamado poderosamente mi atención en la Historia de la Literatura española por su amor a la alegría de los campos, hermosura de las flores y majestad del Universo: Garcilaso de la Vega, Luis Ponce de León y Francisco de Rioja.

En este artículo me propongo estudiar al ilustre Agustino.

Fray Luis de León es la clave del Renacimiento español y uno de los más grandes poetas que en España han sido. Sus obras poéticas, a las que se aplicó más por gusto e inclinación que por voluntad, son bellas rosas "caídas de entre sus manos" como caricias de su juventud. Impresionista y afectivo, se extasía ante la contemplación de la vida del campo. El ambiente le subyuga,

Pero él sabe estilizar y espiritualizar esa visión encantadora de la Creación. "Nadie como él, comenta R. León, ha sentido el alma del paisaje, los misterios de la naturaleza, la alegría del alba, la poesía profunda de la noche, ni ha puesto en la contemplación de las cosas una más entrañable aspiración de lo infinito". El supo entonar, religiosa y dulcemente, las suaves y dulces armonías que el sentimiento espiritual de la naturaleza hace sentir al alma del poeta. Las rientes riberas del claro Tormes, el susurro misterioso de los árboles en el huerto de la Flecha, eran las voces donde dejaba encerradas sus canciones, tiernas y delicadas, nuestro más grande lírico. Sus conocidas odas "Al Apartamento" y "Noche serena", son un estudio sublime y reflexivo entre el eterno concierto de las cosas creadas y las agitaciones de las pasiones humanas que empujan el alma hacia Dios, siempre ávida de lo infinito.

Su dicción es menos risueña, fresca y graciosa que en Garcilaso pero más vehementemente y filosófica. Es una mansa dulzura que envuelve y enajena el alma y la aquieta y emociona, transportándola a las regiones de lo infinito. La gracia en la elección de las imágenes, la ternura en los sentimientos, la profundidad en los pensamientos prestan a sus obras un colorido y musicalidad excepcionales. Huye del bullicio y de la moda y se esfuerza en manifestar con claridad los tesoros de amor que en su corazón se encierran. Sabe ser grande y maravilloso sin afectación, y escribe con la pacífica sencillez que infunde la amable soledad del claustro.

Cada poema es una especie de meditación espiritual, con el alma puesta siempre en Dios, y el corazón en las miserias de esta tierra. Y ese contenido está animado de un lenguaje abundante, puro y armónico. ¡Qué tranquilidad de espíritu siente aquella alma, cuando, después de una lucha fuerte contra la envidia y astucia humanas, busca reposo en callado y solita

rio bosque, y junto a un fresco arroyo, logra estampar estos hermosos versos que contienen todo el secreto de la felicidad!

**Que descansada vida
la del que huye del mundanal ruido.**

.....
¡Oh campo, oh monte, oh río!

¡Oh secreto seguro deleitoso!

Roto casi el navío

a vuestro almo reposo

huyo de aqueste mar tempestuoso.

¿Fue su inspiración tan genial y personalísima que aparezca limpia de reminiscencias de otros autores y de toda influencia externa? No me toca afirmar esto. Es una poesía legítima aunque nazca al contacto de las páginas de otro libro. Fray Luis imita, ¿cómo? comunicando algo nuevo a lo que de otros recibe. El corazón es siempre el mismo, los sentimientos del alma esencialmente iguales en todos los hombres. El arte del genio consiste en expresar los bellamente, prestándoles unidad y carácter propio. El mérito del ilustre vate agustino está en no haber seguido servil y rastreramente a sus maestros, sino que ha sabido igualarlos por lo perfecto de la forma, y aun aventajarlos en intención, ternura y sublimidad de pensamiento, al recibir el impulso del influjo cristiano. Sus poetas nos conmueven más que las de Garcilaso, porque no cae en las trabas del clasicismo. Garcilaso es maestro en la perfección, pero le supera Fray Luis en profundidad de pensamiento.

Luis ve con un alma espiritual la agitación de una época de luchas terribles y desahoga la tristeza de su corazón, volviéndose a la naturaleza que le brinda con amor el reposo y descanso. Sintamos con él esa felicidad del placer ingenuo con que nos brinda la hermosura de los campos.

**Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto**

de con la primavera
 e bella flor cubierto
 muestra en esperanza el fruto cierto.

Con qué galanura describe los bellos ob-
 os, con que le brinda el paisaje para re-
 lo del espíritu fatigado por el estudio!

como codiciosa
 ver y acrecentar su hermosura
 desde la cumbre airosa
 la fontana pura
 hasta llegar corriendo se apresura;
 luego sosegada
 paso entre los árboles torciendo,
 suelo de pasada
 e verdura vistiendo
 con diversas flores va esparciendo.
 al aire el huerto orea
 ofrece mil olores al sentido
 los árboles menea
 con un manso ruido
 de del oro y del cetro pone óvido

He aquí la poesía que encanta al corazón apasionado y contenta al crítico más exigente. Como los poetas árabes de cuya índole fogosa y melancólica participa grandemente, saca Fray Luis sus símiles de objetos naturales, y sus poesías, inspiradas en la contemplación del cielo y de los campos, están llenas de ingenuidad, belleza y frescura. Y el saber hallar en la naturaleza la grandeza de Quien hizo cosas tan grandes, la hermosura de Quien formó cosas tan bellas y la omnipotencia de Quien las hizo de la nada, constituye el secreto primero de la originalidad de Fray Luis de León. La causa que yo hallo, para que hoy todavía sus escritos nos agraden, es su graciosa versificación y secreta magia de dulcísima armonía y porque en la feliz expresión y atinada elección de voces, sonoras y armoniosas, supo hallar el arte de escribir y llegar al corazón dulce y suavemente.

P. Juan José Aguas Alfaro

Caracas, 20-IX-1944. A. R.

De la caridad para con el prójimo

sobre el amor del prójimo dió nuestro Señor Jesucristo a sus Discípulos un Mandamiento nuevo en estas palabras "Un Mandamiento nuevo os doy y es; que os améis unos a otros". (Jn. XIII, 34). Pero ¿acaso no estaba ya presuntamente intimado en la Antigua Ley, donde encontramos escrito: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"? (Lv. XIX, 18). Por qué le dice nuevo el Señor, cuando en realidad es tan antiguo? ¿Le dirá nuevo por sus efectos, esto es, porque nos despoja del hombre viejo y nos viste del nuevo? Es una caridad que renueva al que le escucha y más al que lo practica; pero no todo amor hace, sino aquel amor del que el Señor, para distinguirlo del amor carnal, añadió: "como Yo os he amado".

No basta pues, la sola existencia del amor; mutuamente se aman los maridos y

sus esposas; los padres y los hijos; así como también los unidos por cualquiera otro vínculo de parentesco o afinidad. Esto, sin contar con esos otros lazos y vínculos del pecado por los que mutuamente se aman los pecadores y los demás, a quienes, más que los vínculos de sociedad humana, tienen unidos las relaciones culpables y reprobables. Lo "nuevo" en el Mandato de Cristo Jesús está en que debemos amarnos mutuamente con el mismo amor con que El nos amó.

Este amor te renueva haciendo de tí un hombre nuevo heredero del nuevo Testamento, cantor del cántico nuevo. Esta caridad fué la que renovó también a los antiguos Justos, primeramente a los Patriarcas y Profetas, más tarde a los bienaventurados Apóstoles. Este amor es el que regenera hoy a los pueblos, haciendo de todo el género

humano, esparcido sobre la haz de la tierra, un pueblo nuevo que es el cuerpo de la nueva Esposa del HIJO de DIOS, la Iglesia de Cristo Jesús:

Dice el Señor: *"Un Mandamiento nuevo os doy; que os améis los unos a los otros"*; pero no como los que se aman para recompensarse mutuamente, ni tampoco como se aman los hombres en cuanto hombres, sino *"como tYo os he amado"*. Amémonos, pues, como se aman hombres que son hijos del Altísimo, de modo que seamos hermanos del Hijo Unigénito de DIOS. Amémonos con el mismo amor que DIOS nos amó a nosotros, para conducirnos a aquel final descansado en que todos nuestros deseos quedarán saciados.

En virtud de este amor, y aun viviendo sometidos al cautiverio del cuerpo mortal, podemos morir al mundo, de modo que nuestra vida se oculte con Jesucristo en DIOS, o mejor dicho, poseyendo este amor, estarás muerto al mundo y vivirás con DIOS. Pues si cuando el alma sale del cuerpo se verifica la muerte ¿por qué no hemos de decir muerte al mundo, cuando nuestro amor sale de él?

El que ama a DIOS no puede menos que tener presente el Mandato del amor al prójimo; y el que ama al prójimo con un amor santo y espiritual ¿qué ama en el prójimo sino a DIOS? ¿Qué amó CRISTO en nosotros sino a Su PADRE? Y lo amó, no porque ya LE poseyésemos, sino para que puiéramos llegar a poseerle, para conducirnos a aquella morada santa en que DIOS será todo en todas las cosas.

También con verdad se dice que el médico ama a los enfermos. Ahora bien, ¿qué otra cosa ama que la salud, que trata de hacer recobrar al enfermo, y no la enfermedad que trata de ahuyentar del organismo. Así también debemos amarnos recíprocamente, a fin de conseguir atraer a nosotros al Señor con la práctica de este amor.

Por este fin, CRISTO nos amó, para que nos amásemos mutuamente, y con su Amor nos mereció la gracia para poder estrechar-

nos en un vínculo de mútuo afecto y, por la dulce unión de los miembros con tan dulce nudo, llegar a formar el "cuerpo" correspondiente a una "Cabeza" tan noble.

Hermano mío, practica este amor, y vive tranquilo. ¿Tendrás entonces temor de hacer mal a otros? ¿Quién quiere mal al que ama? Ama y verás que no puedes hacer otra cosa que bien. ¿Tienes que reprender a alguno? Verás cómo el amor se sobrepone a la ira y venganza. ¿Te ves obligado a castigar? Lo harás únicamente para conseguir la corrección, y que la sinceridad de tu afecto no te permite abandonar a sus caprichos al que sea incorrecto.

Pongamos el caso: hay uno que odia a su enemigo y, sin embargo, finge amistad con él; y cuando le ve cometer el mal le alaba, a fin de que, rodando por el precipicio, vaya a dar al fondo del abismo, corriendo ciego tras de sus pasiones desordenadas, de modo que no pueda volver atrás. Para esto lo alaba y lo embriaga con sus adulaciones. Es decir, que le odia y le alaba. Tú, al contrario, cuando veas a tu amigo conducirse de modo semejante debes amonestarle; si no te escucha, emplea palabras graves y severas; grítale, incrépale, y si es necesario, recurre al castigo. He aquí como el odio halaga y la caridad reprende.

No quieras por tanto, atender a las palabras suaves, ni a la aparente severidad del que te corrige. Considera más bien el motivo, cuál es la raíz de que procede. Uno halaga para engañar; tú reprende para corregir.

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

Qué opina usted del divorcio?

—Que está reprobado y es abominable—.

Razón 1ª: Lo dijo Jesucristo.—Hablando públicamente a todos dijo: “*Todo el que repudie a su mujer y tome otra, comete con ella adulterio. Y si la mujer deja a su marido y se casa con otro, es adúltera*”.— Y se retiró a casa con sus discípulos. Y allí como éstos volviesen a preguntar, dijoles de nuevo:— “*Todo el que repudie a su mujer y tome otra, comete con ella adulterio. Y si la mujer deja a su marido y se casa con otro es adúltera*”. No se puede decir más claro. Así ve quien crea a Jesucristo, ya lo sabe. Y claro está: la Iglesia, que siempre defenderá lo que Jesucristo, dice lo mismo, yo lo diré siempre.

Razón 2ª: El derecho natural.—Jesucristo nos advierte además, que aun antes de su mandato y disposición, y ya desde el principio el matrimonio fué indisoluble por institución de Dios. “*Desde el principio no fue así: (es decir: no fué disoluble). Dios dispuso que los esposos fuesen dos en una carne, que Dios unió, no lo separa el hombre.*” Es la ley natural de todo el género humano y los esposos una vez unidos en matrimonio, sean una cosa inseparable.

Razón 3ª: Los males del divorcio.—Son innumerables. Por algunos males particulares que los partidarios del divorcio quieren evitar, introducen muchísimos males generales.

El divorcio envenena el matrimonio cuando no gusta. Después de celebrarlo, antes de celebrarlo, porque se haría con suma ligereza, con esperanza de dejarlo porque llevaría el hogar de suspicacias; quitaría todo interés por la familia; enfriaría el amor. En fin, disuelto el matrimonio, los esposos quedarían desamparados, o medio desamparados, la mujer despreciada y el odio substituiría al amor. Insistamos.

Razón 4ª: El mal de los hijos.—He aquí el mayor mal del divorcio. Hay

que tener presente que la familia es una institución divina hecha con el fin de formar hijos. Ahora bien, el divorcio sería la ruina, la desgracia de los hijos. ¿Es preciso demostrarlo?

Razón 5ª: Disminuye la natalidad.—Es un hecho bien probado que, una vez puesto el divorcio, no sólo empeora la educación y formación de los hijos, sino que disminuye enormemente su número. Es natural: ¿Quién no temblará de tener hijos, temiendo el divorcio de mañana, que le dejarán en tanta peor situación cuanto más numerosos sean ellos?

Razón 6ª: El mal del esposo.—Es un grave mal para el varón: porque existe en él de un modo atroz la concupiscencia y pone en sus manos la ocasión de dejarse llevar torpemente, brutalmente de sus malos deseos. Es ponerle al borde de un precipicio. En cuanto sepa que tiene medios para dejar una esposa y tomar otra, imposible evitar en su corazón carnal y vehemente, un sinnúmero de tentaciones.

Razón 7ª: El mal de la esposa.—Peor aún que el esposo queda la esposa con la ley del divorcio. Primero, porque sino es honrada, se lanzará a casarse con el primero, sabiendo que algún día se puede descasar. Si es honrada y tiene la desgracia de que su marido caiga en redes extrañas, abandonada pierde muchísimo, la mayor parte de las veces todo. Sobre todo, si se tiene en cuenta que los que dejan a sus mujeres, no dejarán a las más amables al sentido, sino a las más pobrecitas y de menos atractivos.

Razón 8ª: La pérdida de la moralidad.—El divorcio propaga de un modo enorme la inmoralidad. Porque el temor del divorcio y de sus efectos, o la pasión que tiene ocasión de satisfacerse, buscará muy medios para romper el matrimonio y no quedar mal cuando se rompa. Y no puede negarse que el divorcio

se ha inventado en favor de los que quieren darse a la inmoralidad.

Razón 9ª: Dilema Terrible—El dilema terrible de que jamás saldrán los partidarios del divorcio es éste. O el matrimonio es indisoluble y perpetuo, o si no, hay que admitir el amor libre, y destruir la institución del matrimonio. O hay que atenerse a la indisolubilidad o hay que ir hasta el fin y quitar de una vez el matrimonio, permitiendo que cada cual ande con cada cual, cuando y como se le antoje. Por la misma razón porque un hombre se separa de una mujer o viceversa, se separará después de aquella con quien se unió, cuando no le guste. El mismo derecho tiene para dejar a la segunda y pasar a la tercera y a la décima. Ahora bien, ¿quién tiene tragaderas para tanto?

Razón 10ª: El divorcio favorece a los fuertes.—La ley debiera hacer lo contrario si era justa, proteger al más débil contra la fuerza. Más la ley del divorcio favorece a los más fuertes, al hombre contra la mujer.

Los que más pronto se hastían de la mujer son los hombres; los que tienen más medios para abusar y oprimir y maltratar a la mujer, son los varones. La mujer es la que necesita el amparo de la ley; y es la que por estas leyes queda más desamparada.

Razón 11ª: El divorcio favorece a los peores.—De la misma manera se nota que los que más piden el divorcio, donde lo conceden, son los peores, los más libertinos los más apasionados los infieles a sus cónyuges, los que toman el matrimonio como cuestión de placer, de pasión, de felicidad. Los que menos cuidan de su deber antes al contrario, no miran al matrimonio como estado de deberes. A esos viene en grande favorecer el divorcio.

Razón 12ª: No se consigue lo que se pretende! Y lo peor que, después de todo, no se consigue con la ley del divorcio lo que se pretende con ella. Se quiere la paz y se fomenta la disensión, se quiere el amor y se

destruye el amor y se siembra la aversión y el odio. Se quiere remediar a uno y se hace daño a mil. Se quiere remediar el matrimonio y se le echa a perder.

Razón 13ª: Consecuencias del divorcio.—Es manifiesto que la ley del divorcio propaga de un modo infame la inmoralidad. Con datos estadísticos de los tribunales, se comprueba que donde crece el divorcio crece el suicidio, crece la división de la familia, crece la infidelidad de los esposos, crece el número de ilegítimos, crece el número de infanticidios, disminuye el número de casamientos.

Razón 12ª: El divorcio fomenta el egoísmo.—Lejos de conducir al hombre a la unión, a la caridad, al amor, el divorcio conduce al hombre al egoísmo sensual, materialista, interesado, al amor de conveniencia, de satisfacción propia, de voluptuosidad, de placer.

Diréis y diré...— ¡Pero hay algunos tan desgraciados!

—Es verdad, pero eso pasa en todas las cosas. Es el eterno problema del dolor. Dolor y sufrimiento hay en todas partes. Para eso es la virtud la abnegación, la fe, la esperanza en la otra vida. Lo que sucede es que los que abogan por el divorcio ni esperan otra vida ni creen en ella. Y eso sí, si no hay otra vida... haced lo que os dé la gana.

Remigio Vilaríño
S. J.

Arenas de oro

Habiéndose preguntado a Platón en qué cosa podría conocerse al hombre sabio, contestó: El sabio, cuando es insultado, no se enfurece, y cuando es elogiado, no se enorgullece. — *Laercio*.

Conviene postrarse en la tierra cuando se ha cometido una falta, pero no permanecer en ella. — *Chateaubriand*.

La tierra y el hombre se encuentran perfectamente unidos por la eterna relación del trabajo. Mirad la tierra y conoceréis al hombre que la habita. — *Nicolás Avellaneda*.

Cultura religiosa

Por P. Hillaire

¿Son todas las religiones buenas?

¿Acaso todas las monedas son buenas?

¿No hay que distinguir entre las verdaderas y las falsas? Pues lo mismo sucede con la religión. Pero como la moneda falsa supone la buena, de la que no es más que una criminal imitación, así las falsas religiones suponen la verdadera.

Si todas las religiones son buenas, se puede ser católico en Roma, anglicano en Londres, protestante en Ginebra, musulmán en Constantinopla, idólatra en Pekín y budista en la India. ¿No es esto ridículo?, ¿No es afirmar que el sí y el no son igualmente ciertos en el mismo caso?

Decir que todas las religiones son buenas es un absurdo palpable, una blasfemia contra Dios, un error funesto para el hombre.

1º Un absurdo.— Es cierto que en las diferentes religiones hay algunas verdades admitidas por todos, como son: la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la vida futura con sus recompensas y castigos eternos. Mas ellas se contradicen en otros puntos fundamentales. El católico, por ejemplo, afirma que la Iglesia tiene por misión explicarnos la palabra de Dios encerrada en la Biblia, mientras que el protestante declara que todo cristiano debe interpretar por sí mismo la palabra divina y forjarse una religión a su manera...

Fodríamos citar indefinidamente las divergencias contradictorias de las diversas religiones. Pero es evidente que dos cosas contradictorias no pueden ser verdaderas, porque la verdad es una, como Dios, y no se contradice. Si la Iglesia ha recibido de Jesucristo la misión de explicarnos la Biblia, no queda a la voluntad de cada cristiano el interpretarla a su manera. Es absurdo decir que el sí y el no pueden ser igualmente ciertos sobre el mismo punto. Mas como lo que no es verdadero, no es bueno, porque la men-

tira y el error de nada sirven, debemos concluir que, no pudiendo todas las religiones ser verdaderas, no pueden ser todas buenas.

2º Una blasfemia contra Dios.—Decir que todas las religiones son buenas no es solamente contradecir al buen sentido, sino blasfemar contra Dios. Es tomar a Dios por un ser indiferente para la verdad y para el error. Se supone que Dios puede amar con igual amor al cristiano, que adorar a su Hijo Jesucristo, que al mahometano, que le insulta; que debe aprobar al Papa, que condena la herejía y a Lutero, a Calvino y a Enrique VIII, que se rebelan contra la Iglesia; que bendice al católico, que adora a Jesucristo presente en la Eucaristía y sonríe al calvinista, que se burla de ese misterio... Pero atribuir a Dios semejante conducta es negar sus divinos atributos; es decir que trata a la mentira como a la verdad, al mal como al bien, y acepta con la misma complacencia el homenaje y el insulto... ¿No es esto una blasfemia estúpida?

3º Un error funesto para el hombre.— Para llegar a la felicidad eterna debe el hombre seguir el camino que a ella le lleva; y sólo la religión verdadera es el camino que lleva al cielo. ¿No es una gran desgracia errar el camino?... ¡Y si al menos, llegados al término, se pudiera desandar!... Pero si uno yerra por su culpa, se ha perdido para toda la eternidad.

La indiferencia, al enseñar que se pueden seguir todas las religiones propende a alejar al hombre de la verdadera religión, del único medio de alcanzar su meta. Es, por consiguiente, un error funesto.

PENSAMIENTOS

Cada cual recibirá el premio no conforme a su dignidad, sino conforme a su trabajo.

Resígnate todo en Dios y ten en todo pureza de intención.

A mis Catequistas y a los que debieran serlo

Que parroquia hay que no cuente con muchos hogares cristianos, en los cuales florece la piedad, la instrucción religiosa, la fidelidad a las leyes de Dios y de la Iglesia y toda virtud? Quién no los conoce? ¿quién no alaba a Dios por ello? ¿quién no se consuela con ello?

Pero... quién no sabe que junto a esos hogares cristianos, quizás muy pegaditos a ellos o quizás muy lejos de ellos, hay muchos otros en que ni el padre ni la madre nunca o raras veces van a la Iglesia, en que nunca se reza para nada, en que no sólo diré que no florece la piedad cristiana pero ni aun existe el hogar, porque ha sido destruído por la borrachera la infidelidad, la vagabundería, el matrimonio civil, el divorcio, el concubinato o la simple ignorancia e indiferencia religiosa?

Sobre la base de tales ejemplos y en columnas así constituídas ya se puede comprender la miel que habrá de fabricarse.

¿Qué van a ver los pobres niños en esas casas que les incite al bien, que les mueva a la virtud, que les lleve a la práctica de la moral y de la religión, y a buscar la instrucción que necesitan? Las pobres criaturas al contrario observan escenas, oyen palabras, ven ejemplos, tropiezan con ocasiones, que a cada paso ponen en peligro su inocencia y su virtud y los mantienen alejados de la influencia benéfica de la religión y de la Iglesia.

¿Quién va a contrarrestar las enseñanzas maléficas de esa atmósfera irreligiosa o por lo menos indiferente y distraída por lo que toca a los deberes religiosos?

Cuadro segundo.—Si no con colores tan subidos como lo que acabamos de insinuar en el párrafo precedente, pero sí en proporción más alarmante y quizás más destructora dentro de sus apariencias de calma, hallaréis familias, muchas también por esas calles, por esos callejones, por esas tierras y ranchos, por esos barrios... familias católicas todavía, pero de una fe lánguida, casi muerta sin manifestación alguna apenas de vida religiosa. Y este es el mal, la enfermedad, el infortunio que se halla más extendido. Familias y casas en que

todos se levantan y se acuestan, comen y beben y se divierten: crecen y casi mueren, sin acordarse de Dios, sin rezar nunca nada, sin una lección cristiana, sin una sola práctica por donde pueda conocerse que es familia cristiana... en fin hogares de vida ordinaria arreligiosa, olvidados siempre del alma y de sus necesidades.

¿Qué buena dirección puede tener la infelicitad en ese ambiente espiritualmente frío, helado, en esa casa en que para nada se mencionan los intereses de la religión? Los pobres niños acabarán por acostumbrarse a ese modo de vivir, se harán indiferentes a cuanto les habla de cosas que no vieron en su familia, crecerán sin formar su conciencia y sin iluminar sus almas con las luces de la gracia y de la religión.

Todos estos niños están esperando la palabra cariñosa y celosa de la catequista abnegada que se compadezca del triste estado de sus almas de tanta ruina moral, de tanto atraso en el reino de Jesucristo.

Otro paso más y, sin hallarnos con tan grave situación, tropezaréis con bastantes familias, deseosas por un lado de cultivar con sus cuidados las tiernas plantas que el Señor hizo nacer en su seno; pero atareadas día a día en la lucha por la vida para proporcionarse el necesario sustento no pueden, a pesar del buen deseo, llegar en la educación religiosa, hasta donde les lleva su amor y cariño.

¿Quién, sino vosotras, puede ayudarlas a suplir esa práctica del catecismo, que no puede obtener la buena voluntad de sus padres?

En fin vuestra obra catequística es necesaria para instruir a centenares y a miles de chiquitines que andan por ahí desperdigados y sueltos lejos de las iglesias y capillas para quienes o no hay sacerdotes que los atiendan, o no tienen ni tiempo ni salud para hacerlo. Es necesaria, para no dejar a esas criaturitas en las tinieblas de la ignorancia de lo que más les conviene saber. Atender a ellas es obra de sacrificio, pero también de mucho mérito.

De "Adelante"—Panamá.

Huérfano

¿Visteis a ese hombre, triste y pensativo,
que en sus caminos no saluda a nadie?...
No preguntéis el nombre de ese hombre:
ese... ¡no tiene madre!...

Y aquel de enfrente al que, al pasar, los otros
le van abriendo respetuosa calle?...
Dicen que es rico: para mí es mendigo
porque... ¡no tiene madre!...

Ved ese niño: tiene ya dos años
y entre los suyos no se atreve nadie
a enseñarle siquiera unas palabras...
temen diga: "ma...má"... y ¡no tiene
madre!

¡Ay! Cuando falta de la vida humana
la sombra misteriosa de ese ángel,

la vida pierde todos sus valores
y para el hijo ¡nada, nada vale!

Los huérfanos inspiran siempre lástima,
una lástima grande!...
y es que en el mundo la única desgracia
es... ¡el no tener madre!...

Lo dice el que ha apurado esta amargura
y lleva desde un día, hecha cadáver,
su vida entera... desde aquella hora

en que alguien le avisó: ¡"MURIO TÚ
MADRE!"

Fr. Angel Sáenz, 'A .R.

Caracas, 1943.

Reflexiones

Es la mansedumbre cierta bondad, cierta
alma, cierta moderación del alma, natural-
mente inclinada a hacer todo el bien que
puede en alivio, y por complacencia de su pró-
ximo. Es una virtud inseparable de la ver-
dadera humildad y por lo mismo es tan rara

en el mundo. No es muy compatible con las
pasiones, a manera de aquellas flores deli-
cadas, que sólo se dan en un terreno puro,
limpio y cultivado, despejado de zarzas, es-
pinas y matorrales que las ofenden y sofo-
can. Es la característica de las bellas al-
mas, y tan esencial, que sin ella no puede
haber verdadera virtud. No por cierto; no
hay virtud cristiana donde no hay manse-
dumbre y dulzura.

El famoso retrato del Salvador, que de-
lineó el profeta Isaías, apenas tiene rasgo
que no se dirija a copiar su mansedumbre y
dulzura; tanto, que en esta sola virtud pa-
rece consistía todo su carácter.

Cuando hay falta de dulzura, es de temer
que las demás virtudes que se aparentan sean
sólo una máscara, una engañosa aparien-
cia de virtud, porque en la virtud no hay hiel.
El carácter inquieto y enfadoso, desabrido,
áspero y duro de muchos que se figuran
virtuosos, está publicando su total falta de
virtud, o al menos la poca que tienen.

EL CRECIMIENTO HUMANO

Según las tablas del sabio fisiólogo Ane-
let, el cuerpo humano crece según las si-
guientes cifras:

En el primer año, 148mms.; en el segun-
do año, 93 mms.; en el tercer año, 72 mms.;
en el quinto año, 60 mms.; en el décimo año,
56 mms.; en el décimoquinto año, 53 mms.;
de los dieciocho a los veinte años, el creci-
miento, por término medio, es de unos 8 mms.
por año; de los veinte a los veintiocho, de
2 mms., y de los veintiocho a los treinta,
de 0.8 mms.

Normas Sociales

Tocaré algunos aspectos de la vida social corriente que son dignos de atención.

He visto en diversas oportunidades a damas y niñas cargadas de flores y de perfumes penetrantes ir de visita a un sanatorio o a ver a una amiga enferma a su residencia. También he visto a las que cometiendo otra falta seria llevaban consigo a criaturas.

Ambas cosas no son admisibles ni correctas. Debemos pensar que flores y esencias fuertes pueden molestar al paciente. Debemos pensar asimismo que el lugar de los niños no está precisamente en la habitación de un enfermo, en donde harán bulla o estarán expuestos dentro de ese ambiente especial.

En más de una ocasión he visto a dueñas de casa que mientras se encontraban atendiendo a sus visitas se veían en la obligación de dejarlas a cada rato para subsanar su falta de previsión. Más sencillo les resultaría prever cuanto es necesario con tiempo a pasar las fatigas y la nerviosidad emanadas de la improvisación, de confiarlo todo a las resoluciones de último instante. Es un detalle que impresiona desfavorablemente.

A veces en las reuniones muy concurridas suelen verse invitados que se dedican a las

amistades o personas de su preferencia, prescindiendo en absoluto de aquellos que tuvieron la gentileza de brindarles unos momentos de esparcimiento y se desviven por atender a todos los circunstantes por igual como cumple a correctos dueños de casa.

Esto, supone una ingratitud por parte del que incurre en tal falta. Lo lógico es corresponder a la atención de que se es objeto por el solo hecho de haber sido invitado.

Las demostraciones de afecto aparatosas, en público, plagadas de pesadas caricias y de un desborde de términos de alabanza y de ternura excesiva, a que se entregan algunas personas, no logran sino impresionar a medias acerca de su sinceridad y efusión.

Tales demostraciones en un salón, en la calle, etc., chocan, porque para los que las presencian son un espectáculo sin sentido.

Por otra parte, la verdadera amistad, el afecto puro, no necesitan ser revelados con esa exuberancia. Es preferible la discreción, la franqueza sobria, que no aturde, que no abusa de los aspavientos, pero que dice de la solidez de los vínculos que unen a las personas más que los abrazos interminables, las risotadas, los besuqueos y los grititos.

Elisa H. de Guerra

Recetas de Cocina

A cargo de doña Digna Casal de Solari

Pescado al gratin;

2 libras de pescado
 0.05 de perejil
 1 cebolla pequeña
 1/4 de libra de mantequilla
 1 vaso de vino blanco
 sal y pimienta
 1 limón
 1 cucharada de harina,
 polvo de pan.

Se cocina en poquita agua con sal el pescado. Cuando está suave se escurre y el agua en que se cocinó se guarda. Se pone en una cacerola una cucharada de mantequilla, se agrega una cucharada de perejil finamente picado y la cebolla bien picada, se deja freír un ratito. Entonces se le agrega el vino, un vaso del agua en que se cocinó el pescado, sal, pimienta, unas gotas de limón y otra cucharada de mantequilla revuelta con la harina para que espese la salsa. Se deja un

rato en el fuego hasta que hierva bien. El pescado se corta en tajadas, se coloca en un pyrex untado de mantequilla, se rocía con sal y pimienta, se baña con la salsa, se rocía con polvo de pan rallado y se mete un ratito al horno.

Croquetas de atún;

1 lata de atún
6 papas
1 cucharada de mantequilla
3 huevos
sal y pimienta; polvo de pan; perejil y 1 limón.

Se cocinan en agua con sal las papas; cuando están suaves se escurren y se vuelven a poner en el fuego un momentito moviéndolas para que no se peguen. Se pasan por el prensador de papas; se les agrega la mantequilla, dos yemas de huevo, sal y pimienta al gusto, se revuelve bien. Por último se agrega el atún bien deshecho con un tenedor y se revuelve bien. Se hacen las croquetas en forma de pequeños cilindros, se pasan por huevo batido (apenas se bate para que se revuelva la clara con la yema) y luego por polvo de pan y se fríen en manteca caliente. Se colocan en un platón y se adornan con perejil y el limón partido en gajitos.

Biscocho de albaricoques;

1/2 libra de harina
5 onzas de mantequilla s
5 onzas de azúcar
5 huevos
una cucharadita de royal
un poquito de leche.

Se bate la mantequilla hasta que esté cremosa, se agrega el azúcar y se bate 10 minutos, luego se van agregando los huevos uno a uno y batiendo bien, por último se agrega la harina cernida con el royal y un poquito de leche. Se vacía en un molde bien engrasado y enharinado y se asa en el horno. Cuando está frío se cubre con jalea de al-

baricoque y se rocía con almendras tostadas y picadas.

Souffle a la Imperial

1 cucharada de mantequilla
2 cucharadas de harina
1 tacita de leche
80 grs. de azúcar
1 cucharadita de vainilla
4 huevos
125 grs. de fresas
azúcar en polvo
8 dedos de señora

Se derrite la mantequilla en una cacerola, se baja del fuego, se le añade la harina, se vuelve a poner en el fuego y se le pone la leche, el azúcar y la vainilla, se revuelve constantemente hasta que se forme una crema espesa, entonces se retira del fuego y se le ponen las yemas batidas. Se deja enfriar meneando constantemente para que no se haga nata. Se baten las claras a punto de nieve y se revuelven con la crema. Las fresas se majan bien, se les pone 3 cucharadas de azúcar en polvo, se les juntan los dedos de señora partidos en pedacitos y se les pone unas gotas de carmin. Se unta un molde con mantequilla, se espolvorea de harina, se echa un poco de crema, luego se agrega un poco de fresa y bizcocho y así se sigue hasta terminar con una capa de crema. El molde no debe quedar muy lleno. Se mete al horno con corriente media unos 20 minutos. Cuando se saca del molde se rocía con azúcar en polvo y se sirve inmediatamente.

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN

TIENDA DE DON NAR

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

JOVEN SEÑORA:

Su pequeño hijo puede llegar a ser un

Profesional de gran prestigio

si cuando llegue el momento oportuno ingresa a la Universidad, o puede continuar sus estudios en el extranjero. Hoy día no se necesita tener capital para costear la carrera universitaria de los hijos. La póliza dotal de educación es el mejor plan para resolver el serio problema con que tiene que enfrentarse todo padre o jefe de familia. Este se asegura por una cantidad que el niño cobrará cuando más necesita de apoyo económico. La edad del niño puede ser desde el nacimiento hasta los diecinueve años, y aunque su padre fallezca y no se paguen más primas anuales, el Banco pagará la suma asegurada íntegramente, al joven beneficiario, al cumplirse el plazo estipulado en la póliza. Si el niño muriera prematuramente, el Banco devolverá las primas pagadas por el padre, o el seguro puede continuar en beneficio del que paga las primas, o también, puede traspasarse a otro de los hijos. Pida folleto descriptivo, sin ningún compromiso, al Departamento de Vida.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924